



# El Carambolo

50 años de un tesoro

**M.<sup>a</sup> Luisa de la Bandera Romero**  
**Eduardo Ferrer Albelda**  
(coordinadores)

**SEPARATA**

**UNIVERSIDAD DE SEVILLA**



EL  
CARAMBOLO

50 AÑOS DE UN TESORO



# EL CARAMBOLO

50 AÑOS DE UN TESORO



M.<sup>a</sup> LUISA DE LA BANDERA ROMERO  
EDUARDO FERRER ALBELDA  
(COORDINADORES)



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2010

Serie: Historia y Geografía  
Núm.: 165

Comité Editorial:

Antonio Caballos Rufino  
(Director del Secretariado de Publicaciones)  
Carmen Barroso Castro  
Jaime Domínguez Abascal  
José Luis Escacena Carrasco  
Enrique Figueroa Clemente  
M.<sup>a</sup> Pilar Malet Maenner  
Inés M.<sup>a</sup> Martín Lacave  
Antonio Merchán Álvarez  
Carmen de Mora Valcárcel  
M.<sup>a</sup> del Carmen Osuna Fernández  
Juan José Sendra Salas

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Esta publicación ha sido financiada por el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla; por el Proyecto de Investigación “La construcción y evolución de las entidades étnicas en Andalucía en la Antigüedad (siglos VII a.C - II d.C.)” (HUM-2006-03154/HIST); Proyecto de Investigación Sociedad y Paisaje. Economía rural y consumo urbano en el sur de la Península Ibérica (siglos VIII a.C. - III d.C.) (HAR 2008-05635/HIST) y Proyecto de Investigación Historiografía y Patrimonio Andaluz (HUM-402).

Diseño de la cubierta: Plural Asociados

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2010  
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.  
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 452; Fax: 954 487 443  
Correo electrónico: secpub4@us.es  
Web: <http://www.publius.us.es>

© M.<sup>a</sup> LUISA DE LA BANDERA ROMERO y  
EDUARDO FERRER ALBELDA (coordinadores) 2010

© De los textos, LOS AUTORES 2010

Impreso en España-Printed in Spain

Impreso en papel ecológico

I.S.B.N.: 978-84-472-1218-7

Depósito Legal: SE-5.872-2010

Diseño, Maquetación e Impresión:

Pinelo Talleres Gráficos, S.L. Camas-Sevilla

## ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
--------------	---

### VISIONES HISTORIOGRÁFICAS SOBRE EL CARAMBOLO (1958-2002)

Tarteso-Turdetania o la deconstrucción de un mito identitario .....	17
<i>GONZALO CRUZ ANDREOTTI</i>	
Carriazo y su interpretación de los hallazgos de El Carambolo en el contexto de los estudios sobre Tartesos .....	53
<i>MANUEL ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR</i>	
El Carambolo y la construcción de la arqueología tartésica.....	99
<i>JOSÉ LUIS ESCACENA CARRASCO</i>	

### LAS NUEVAS INVESTIGACIONES (2002-2008)

El Carambolo: Entre la cornisa del Aljarafe y la vega del Guadalquivir..	151
<i>FRANCISCO BORJA BARRERA, CÉSAR BORJA BARRERA</i>	
El Carambolo. Aproximación geoarqueológica .....	177
<i>FRANCISCO BORJA BARRERA</i>	
El Carambolo, secuencia cronocultural del yacimiento. Síntesis de las intervenciones 2002-2005.....	203
<i>ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES Y ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE</i>	
Estudio arqueométrico del registro de carácter metálico y metalúrgico de las campañas 2002-2005 en el yacimiento de “El Carambolo” (Camas, Sevilla).....	271
<i>MARK A. HUNT ORTIZ, IGNACIO MONTERO RUIZ, SALVADOR ROVIRA LLORENS, ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES Y ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE</i>	
El Tesoro de El Carambolo: Técnica, simbología y poder .....	297
<i>M.ª L. DE LA BANDERA ROMERO, B. GÓMEZ TUBÍO, M. A. ONTALBA SALAMANCA, M. A. RESPALDIZA Y I. ORTEGA FELIU</i>	



Los elementos de oro prehistóricos y protohistóricos de las últimas campañas de excavación (2002-2005) en el yacimiento de El Carambolo (Camas, Sevilla).....	335
<i>MARK A. HUNT ORTIZ, M. ÁNGELES ONTALBA, INÉS ORTEGA FELIU, BLANCA GÓMEZ TUBÍO, MIGUEL ÁNGEL RESPALDIZA, ÁLVARO FERNÁNDEZ FLORES, ARACELI RODRÍGUEZ AZOGUE</i>	
Del mar al basurero: Una historia de costumbres.....	345
<i>ELOÍSA BERNÁLDEZ SÁNCHEZ, ESTEBAN GARCÍA-VIÑAS, ESTHER ONTIVEROS ORTEGA, AUXILIADORA GÓMEZ MORÓN Y AURORA OCAÑA GARCÍA DE VEAS</i>	
En torno a la conservación de El Carambolo. Realidades, ficciones, intereses y reflexiones.....	387
<i>FERNANDO AMORES CARREDANO</i>	

## EL CARAMBOLO EN EL CONTEXTO DEL MEDITERRÁNEO

El proceso de la precolonización del Mediterráneo oriental en Iberia...	425
<i>MANUEL PELLICER CATALÁN</i>	
Fenícios no território actualmente português: e nada ficou como antes	439
<i>ANA MARGARIDA ARRUDA</i>	
Astarté en Méditerranée. Reflexions sur une identité divine une et plurielle .....	453
<i>CORINNE BONNET</i>	
Astarte a Malta: il santuario di Tas Silg.....	465
<i>MARÍA GIULIA AMADASI GUZZO</i>	
Imagen y culto de Astarté en la Península Ibérica. I: Las fuentes griegas y latinas.....	491
<i>M.ª CRUZ MARÍN CEBALLOS</i>	



## TARTESO-TURDETANIA O LA DECONSTRUCCIÓN DE UN MITO IDENTITARIO\*

GONZALO CRUZ ANDREOTTI  
*Universidad de Málaga*

Con las líneas que siguen no pretendemos aportar una nueva lectura de Tarteso desde la literatura antigua siguiendo la línea del inefable Schulten<sup>1</sup>; por el contrario, nuestra intención y nuestro deseo será deshacer algunas confusiones en la lectura de las fuentes, y con ello contribuir a abrir otras perspectivas históricas –en la medida de que nuestra documentación lo permita– que no sean las que tradicionalmente se manejan para este tema en cuestión: las de la identidad / continuidad Tarteso-Turdetania y, a la vez, la de Turdetania como realidad histórica corroborada por las fuentes escritas o Tarteso como el nombre representativo de un mundo autóctono incontestable.

---

\* Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación HUM 2007-61305/HIST del Ministerio de Educación y Ciencia, en el Proyecto de Excelencia HUM 03482 de la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía y en el Grupo de Investigación de Estudios Historiográficos (Nº Hum. 0394) de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía.

Agradezco a los colegas Manuel Álvarez Martí-Aguilar, Eduardo Ferrer Albelda y Pierre Moret el habernos permitido consultar sus trabajos aún inéditos. Acompañamos el texto con algunos mapas a título ilustrativo.

1. Para la impronta del trabajo “filológico” de A. Schulten sobre la historiografía tartésica hispana de formación esencialmente proto-histórica véase la contribución de Manuel Álvarez Martí-Aguilar en estas mismas páginas, y en extenso su 2005: 87 ss. No nos resistimos a reproducir una demoleadora crítica de E. Meyer (1931: vol. 11.2, p. 105, n. 2) que dice mucho de su “método”:

“A. Schulten (*Tartessos*, Hamburgo 1922) ha hecho el intento de reconstruir la historia de Tartessos. Sus esfuerzos sobre Avieno y la localización de la ciudad merecen todo reconocimiento, y se le puede excusar su sobrevaloración del significado de Tartessos. Pero desgraciadamente ha ligado a esto construcciones y fantasías del todo insostenibles, así sobre los «pretartessos», sobre luchas entre Gades y Tartessos, sobre la destrucción de Tartessos por los cartagineses, a la que traslada de una manera totalmente gratuita la noticia del sometimiento de Cádiz por Cartago en el siglo V; aparte de la ingenua historización de los relatos sobre Gerión y sobre el supuesto rey Gerón etc., y la interpretación de la utopía de Atlantis forjada por Platón a partir de Tartessos, que sólo prueba que cualquier comprensión de Platón le es bien lejana. ¡Y, por supuesto, que ha encontrado, y ha seguido, el corolario de trasladar juntos a Tartessos con la Atlántida, los feacios y los cíclopes al ámbito de las Sirtes y ni que decir tiene que también probándolo con certeza! Se avergüenza uno de que tales desvaríos de una fantasía totalmente indisciplinada hayan encontrado acogida en revistas científicas prestigiosas” (trad. de Wulff, 2004: CLXXIII ss).



## A. ALGUNAS PRECISIONES PREVIAS

Seguimos todavía encorsetados en torno a un viejo paradigma: el de Tarteso como una realidad histórica homogénea y coherente que, ni desde el campo de la arqueología como de la historia antigua, nos atrevemos a derribar. En el fondo partimos de un equívoco inconfesado: *debemos rescatar de las sombras del pasado una realidad que se supone que las fuentes sí reconocieron como tal* (la cursiva es nuestra). Cuando leemos en una fuente el término “Tarteso” pensamos que realmente tuvo que existir, porque cuenta con el aval incontrastable y prestigioso del dato antiguo. Una vez aquí, ya iremos cotejándolo con una realidad arqueológica que, por su propia condición y diversidad, va cambiando con el tiempo.

Dígame lo que se diga ésta ha sido la percepción de una investigación –repetimos: de formación mayoritariamente pre y protohistórica– que no ha querido ver en Tarteso más de lo que en apariencia las fuentes dejaban traslucir: una pujante sociedad prerromana instalada en el bajo Guadalquivir que, de una manera u otra, continuó su camino como cultura civilizada hasta la plena romanización, allanando con ello el éxito de esta última. Y parte además de otro error, asimismo no por menos inconfesado más repetido: colocar al mismo nivel documentación de naturaleza radicalmente diferente, la material y la literaria.

Parece una obviedad pero conviene repetirlo una vez más: la noticia literaria hace visible una realidad en contextos cronológicos y culturales distantes y diferentes al del hecho histórico que nos interesa; circunstancias bélicas, parajes geográficos, grupos étnicos o curiosidades etnográficas se recuperan para la memoria en condiciones que a menudo se nos escapan. Pongamos un ejemplo: está más que constatado que hay étnicos que perviven en la tradición literaria cuando hace siglos que han desaparecido del paisaje histórico, a menudo por convencionalismo o comodidad del autor de turno; y, viceversa, étnicos que son pura creación literaria y terminan, con el tiempo, siendo asumidos por aquéllos a los que inicialmente iban dirigidos: obviamente, el sentido del étnico en uno y otro momento es radicalmente distinto. La cultura material, muy al contrario, con todas las limitaciones analíticas que conocemos, sí indica aspectos *in situ* de las sociedades originarias. En este orden de cosas, ¿cómo podemos poner a priori en la misma balanza información *ab origine* esencialmente distinta, sino contrapuesta? Por ejemplo, la enorme dificultad de hacer coincidir la definición-delimitación de lo turdetano con una cultura material o cualquier signo que desde ésta le otorgue una identidad más allá del propio nombre, es un ejemplo claro de que nos movemos en esferas distintas<sup>2</sup>.

2. Tal como evidencian los recientes estudios de F.J. García Fernández (2002: 191-202; 2007: 117-143) y F. Chaves Tristán, F.J. García Fernández y E. Ferrer Albelda (2006: 813-828).



A dónde queremos llegar: no se trata de contextualizar la información literaria, para librarla así de los elementos artificiosos que pueda tener y quedarnos con la supuesta raíz histórica, porque previamente hay que ver si esa base histórica es real. Hay que salirse del discurso intencional, de lo que estamos imperiosamente deseando encontrar; no hay que contextualizar sino entender la fuente literaria; no hay que cotejar, hay que complementar y hay que reconocer, en última instancia, las insuficiencias de nuestra documentación en cualquier caso. La desconfianza de fondo de la arqueología en sus propias posibilidades y límites, y los miedos a que los temas pueden quedarse abiertos y sin respuesta, ha conducido a esa costumbre tan arraigada del “cotejo con la fuente”, guiados también por esa atracción reverencial de su principio de autoridad. La literatura antigua sobre y acerca de sociedades ágrafas no es, por el contrario y en principio, más que literatura, y no sirve para afirmar, negar o complementar nada desde la perspectiva de la reconstrucción histórica con las hipótesis y los métodos modernos. No le hagamos decir a priori lo que no están diciendo.

Por ello, y en segundo lugar, hay un elemento no menos incontestable: todas las menciones de la literatura antigua a realidades etno-territoriales hispanas, y más las meridionales, son términos importados y definidos desde el exterior, y del que conservamos –en muchas ocasiones– un simple nombre, de condición aglutinante<sup>5</sup>. Los mecanismos de creación y difusión de estos etno-territorios son a menudo complejos, diversos y hasta casuales y anecdóticos, pero deben ser explicados –en primer lugar– desde éstos sin tener a las supuestas sociedades meridionales frente al espejo. Definir qué es una etnia o un territorio étnico en un autor o en una época es previo a cualquier esfuerzo de identidad histórica; si poseemos material epigráfico –aunque sea tardío– nuestras posibilidades de análisis se multiplican exponencialmente, ya que se ha dado un paso de gigante desde el texto a la realidad,

---

Una reflexión reciente sobre los caminos que ha seguido la arqueología y la etnicidad / identidad hasta nuestros días en M.A. Fernández Götz (2008).

3. El siguiente texto de Estrabón –muy significativo de la forma de actuar de la geografía griega desde sus inicios–, y en el que se hace explícito ese afán simplificador, ha pasado a menudo desapercibido: “Esta es la forma de vida de los habitantes de las montañas, como ya he expuesto; me refiero a los que bordean el lado norte de Iberia: galaicos, astures y cántabros hasta los vascos y el Pirineo; pues la forma de vida de todos ellos es muy similar (*pero temo abusar de los nombres, y evito lo fastidioso de la transcripción a no ser que a alguno le resulte agradable oír hablar de pleutauros, bardietas, alotriges y otros nombres peores y más irreconocibles que estos*)” –la cursiva es nuestra– (STR., III 3.7; trad. F.J. Gómez Espelosín); razonamiento similar utiliza para los pueblos de Lusitania: cita únicamente “a los más conocidos” *cf.* STR., III 3.3.



aunque no debemos ir más allá de la casuística y el momento concreto<sup>4</sup>. Paradójicamente, no es esta la condición que vivimos en el sur.

Y, en tercer lugar, la simple mención de un etnónimo no debe llevarnos a pensar que existe, detrás, una identidad de grupo fundamentada en una cierta autoconciencia o incluso un pueblo concreto; o, al revés, definida una identidad étnica, ésta no funciona igual en unos momentos y otros. *Ethnos* –en tanto que grupo que se reconoce y funciona colectivamente ante determinados retos– e identidad son cuestiones sensiblemente diferentes: esta última puede ser tan variada y diversa, como contrapuesta y múltiple dentro de una misma comunidad<sup>5</sup>. Pero además, y como bien saben los estudiosos de la etno-geografía greco-romana (la mejor conocida y constatada históricamente), el problema se complica cuando sabemos que el término heleno *ethnos* posee un significado esencialmente político, es decir, el de explicar determinada política de alianzas o de rupturas y diferencias (que, obviamente, cambian con el tiempo y las circunstancias): ¿es esa la esencia que le reconocen las fuentes greco-romanas a nuestros *ethne* peninsulares? (cf. Cardete Del Olmo 2004: 15-29; Prontera 2003: 103-120).

## B. Y EN EL COMIENZO FUE ESTRABÓN...<sup>6</sup>

Podrá parecer anacrónico y paradójico que, para empezar, hablemos de Estrabón, un autor a caballo con el cambio de era. Pero, como veremos, será su visión de Turdetania y Tarteso la que se proyecte hacia la historiografía contemporánea y condicione, de facto, la perspectiva y

4. El caso galaico es el más evidente: los *callaeci* son presentados por Estrabón (III 3.2; 4.20) como una realidad nueva escindida de lo lusitano; sabemos que este pequeño grupo termina por definir y aglutinar –por imperativo romano– a un colectivo más amplio, hasta constituir una de sus identidades etno-culturales en plena romanización. Será Roma, por tanto, quien dará cuerpo y tutelaré todo este complejo proceso, que poco o nada tiene de prerromano, salvo la adopción del nombre; Los trabajos de G. Pereira son ejemplificadores al respecto: destaquemos, entre otros, 1992: 35-44 o 1988: 245-258.

5. Y, además, no entramos en el espinoso tema de que –en paralelo– hay que aclarar con qué concepto / os de identidad / es nos movemos para cada una de las sociedades que estudiamos [son muy aclaratorios al respecto la primera parte del trabajo de F.J. García Fernández (2007) o F. Beltrán Lloris (2004: 89-92)].

6. La bibliografía sobre Estrabón e Iberia –afortunadamente– está siendo muy abundante en los últimos años, fruto de la revalorización de esta fuente única por parte de la historiografía contemporánea, frente al desprecio schulteniano. Nos remitimos a una recopilación de trabajos que editamos en 1999 y, recientemente, a la traducción del libro III profusamente comentada y editada en Alianza. Para Tarteso y Turdetania en concreto ver asimismo nuestros trabajos: 1993: 13-31; 2007: 251-270; 2008: 297-316.

Para nuestro autor siguen siendo fundamentales las contribuciones contenidas en los dos volúmenes editados en Perugia en 1984 y 1986 por F. Prontera y G. Maddoli.



el acercamiento hacia todas fuentes anteriores, de carácter fragmentario y disperso y, por ende, muy discutibles. Explicar Estrabón es, en suma, explicar Tarteso y abrir otras posibilidades de análisis no señaladas por el geógrafo de Amasia.

Antes que nada decir que a Estrabón no le interesa Tarteso en cuanto tal, sino enmarcado en torno a la reconstrucción histórica de Turdetania asimilable finalmente *–mutatis mutandi–* a la provincia *Baetica*. Su *Geografía* *–“enmendada”* la cartografía matemática en los libros introductorios– es, antes que nada, una geografía cultural, complemento de sus *Comentarios Históricos* (STR., XI 9.9). El Tarteso que se nos aparece es una imagen sin aristas que, con más o menos fortuna, tiene un claro hilo de continuidad con el presente turdetano y que consta de los siguientes elementos:

- ✓ Ante todo, Tarteso es un espacio definido en torno al Betis *–no por nada eje nuclear de la Bética–* (STR., III 2.11), con una geografía precisa y un pasado propio y diferenciado *–resultado de una conveniente evemerización y ordenación de mitos y leyendas–*, conocido a través de griegos y fenicios (STR., III 2.12 a 14). Es decir, enmarcado dentro de coordenadas clásicas cronológicas y culturales de cualquier civilización mediterránea arcaica.
- ✓ Precisamente por ello estuvo dotado de una cultura característica *–desgraciadamente perdida–* que adquiere formas literarias (poesía e historia) y jurídicas particulares, y expresada con una lengua ibérica de peculiaridades propias (STR, III 1.6). No es casual que casi por la misma época tengamos la construcción de la etnogénesis tartésica más elaborada (y siguiendo unos patrones helenísticos característicos) alrededor de la monarquía tartésica de Gárgoris y Habis, de la mano de Pompeyo Trogo *–epitomizado por Justino, LXIV 4–*, y que vienen a incidir sobre los mismos temas (*cf.* García Moreno 1979: 111-130 y en general 1993: 199-212). Esta cultura ha terminado por configurar un poso de civilidad *–la *pronoia* que dirían los griegos–* que inunda el territorio y sus gentes (III 2.15).
- ✓ Sus inmejorables condiciones naturales han ayudado mucho, pero ante todo será esta predisposición natural la que ha permitido que el nivel de prosperidad en el sentido más amplio del término se haya mantenido hasta la actualidad a pesar de los avatares históricos y de sucesivas conquistas y dominaciones (III 2.14 y 15).
- ✓ En este sentido *–y dentro de un debate que es muy característico de la historiografía y la geografía del helenismo (y que está en relación*



con las discusiones que se viven en la propia Grecia tras la llegada de Roma)– la pulsión dialéctica entre los factores naturales y las influencias externas siempre se ha sucedido a favor de los habitantes del lugar: cada invasión siempre ha significado un avance, dada la superioridad a priori; cada una de ellas no ha hecho sino reforzar más si cabe esa identidad civilizada y hospitalaria del lugar, a pesar de la división interna y la incapacidad de evitar las conquistas exteriores (III 2.15; *cf.* III 4.5).

Obviamente, Turdetania es el punto final de todo esto, que responde claramente a una idealización del proceso de implantación romana. No es baladí que la red de ciudades al torno al Betis sea uno de los puntos fuertes de la descripción estraboniana (STR., III 2.1 y 2) (*cf.* Castro Páez 2004: 169-199) y que, a diferencia de Plinio, las que destacan especialmente son aquellas en las que se ha producido un fenómeno sinoicístico sin conflictos entre lo indígena y lo romano (Pax Augusta; Augusta Emérita y Caesar Augusta, además de Corduba, como colofón al capítulo turdetano –STR, III 2.15; 2.1–). En este contexto, tampoco es de extrañar que la información más puramente administrativa (divisiones provinciales, estatutos jurídicos, etc.) sea escasa y a menudo confusa, sobre todo cuando se superponen los límites de Turdetania –que como entidad étno / geográfica son cambiantes– y de la Bética<sup>7</sup>. Y que, por otro lado, lo que más valora son las posibilidades de comunicación y flujo de personas y bienes con Roma, una de las claves del modelo imperial exitoso (STR., III 2.4 a 8). En fin, la Turdetania de Estrabón es la que según él se ha ido construyendo a lo largo del siglo I, con la confluencia de factores históricos –articulación en torno a una etnia central–, naturales y políticos –la *simpatéia* entre las elites de uno y otro signo–, y con el indispensable precedente tartésico como telón de fondo.

Es así que todo parece demasiado artificial y articulado. No deja de ser importante que sólo para este caso Estrabón elabora una etnogénesis más o menos compleja: remontándose a la autoridad de Polibio establece un fenómeno de confluencia entre túrdulos y turdetanos (STR., III 1.6), entre lo turdetano y los bástulo / bastetano (STR., III 2.1) o incluso con las poblaciones más allá del Anas (*ibidem*), confundiendo límites étnicos, proceso de conquista y, finalmente, demarcaciones administrativas.

7. Para la problemática *cf.* la n. 7 y la voz Turdetania de nuestro comentario a Estrabón *cit.* en n. 6 (con todas las referencias); *vid.*, asimismo L. Pérez Vilatela (1991: 459-467) y G. Cruz Andreotti (2007: *passim*). Dos síntesis útiles sobre Turdetania en la literatura en: F.J. García Fernández (2002a: *passim*; 2004: 61-108).





Figura 1. Restablecimiento de la Iberia de Estrabón, con los principales pueblos y accidentes geográficos (en Estrabón, 2007: 505)

No olvidemos, tampoco, que el término cuanto tal es completamente nuevo (y romano), y del que no sabemos prácticamente nada antes del mismo Estrabón; aparte de la cita de Polibio, la Turdetania pre-estraboniana no aparece nada clara: Catón (frg. 40 y 41 Malcovati) y Livio (XXXIII 44.4) la hacen levantina –como se apunta recientemente (Moret, e.p.)–, y es posible que sea el afán ordenador de la geografía de tradición helenística (de la que participa Polibio, Artemidoro y obviamente Estrabón) el culpable de hacerla finalmente bética hasta construir una “macro-etnia” única y consistente (*vid. infra*).

Es por todo ello que necesita que entre en juego Tarteso; para darle un mayor grado de coherencia fundamenta su existencia histórica inicialmente en las homfonías terminológicas Tarteso-Turdetania<sup>8</sup> y, en segundo lugar,

8. Descartando, obviamente, el Tártaro / Tarteso por su exceso de carga mítica (STR., III 2.12); ver para ello a E. Gangutia (1989: especialmente 104-105), donde defiende que dicha asociación corresponde a una fase antigua de la exégesis homérica (en el sch. *Il.* 8.479 se consideraba que fue en Tarteso donde se dieron el destronamiento de Zeus y la guerra de los Titanes); curiosamente el reputado gramático y geógrafo Crates de Malos (frg. 4a y b Broggiato) pensaba que todo el mito hesiódico de la expulsión de Cronos al extremo del mundo como “de origen fenicio”;



en antiguas fuentes –Homero incluido– que le dan tintes de verosimilitud: desde la lectura de mitos (como el hercúleo) en claves invasionistas y la inclusión de fenicios y púnicos en la secuencia histórica, hasta la crítica a los predecesores más afamados (Eratóstenes y Artemidoro) y sus postulados sobre la geografía y la topografía tartésica (STR., III 2.11 a 14; para Artemidoro también STR., III 1.4 y 5). A falta de autopsia, este es el método de reconstrucción habitual de todo buen geógrafo o historiador de gabinete que se precie: a partir de la crítica textual y la lógica, discriminar los autores y las informaciones espurias de las veraces, lo cual te viene dado asimismo por un corpus académico preestablecido elaborado por la tradición<sup>9</sup>.

Estrabón no pretende ofrecer al lector una “verdad histórica” y, en consecuencia, reconstruir el pasado “tal como fue”; este tipo de consideraciones se reservan –en todo caso, y con muchos matices que no vienen al caso recordar– para el género propiamente historiográfico. Igualmente, la “selección del material” se rige por criterios académicos y estilísticos –retóricos en suma–<sup>10</sup>. Estrabón quiere ofrecer, por tanto, un instrumento de enseñanza que sea, a la vez, placentero a la lectura; que enseñe y entretenga, después que su lector venga de unos *Comentarios Históricos* que precisamente continúan a Polibio y llegan hasta Accio. Es lo que explica, asimismo, que le evite al lector –culto pero no especialista– unas disquisiciones cartográficas demasiado complejas o unas digresiones históricas fuera de lugar.

Es, por ello, que no es una geografía del Imperio, sino al servicio de la causa romana: al reconocimiento de las consecuencias positivas de tan vasta empresa y de lo que queda por hacer; un tributo a la necesidad de conocer que es también de controlar, intelectualmente hablando; no es exactamente

---

Crates fue, por otro lado, fuente de Posidonio y Asclepiades, muy usados por Estrabón. Todo este conjunto de coincidencias no son casuales.

9. Es opinión común considerar que sus fuentes para la Iberia meridional son Éforo, Posidonio, Artemidoro, Asclepiades, Polibio y Timóstenes, y, en menor medida, las derivadas de las campañas de Sertorio y César, además de recuperar otras más antiguas (Estesícoro, Heródoto...), tomadas posiblemente o de Asclepiades (particularmente interesado en estos temas) o de Artemidoro, que escribió en torno al año 100 a.C. una *Geografía* a modo de periplo y de las más afamadas en su época (*vid.* Morr 1926). Será particularmente a través de estos últimos como recoge nuestro autor todo el conjunto de diatribas alrededor de los mitos hercúleos, Tarteso, las Columnas y su topografía homérica y religiosa vinculada, tan del gusto de la crítica textual helenística. Su rechazo a Píteas como “fuente no autorizada” (que le viene ya desde la descalificación que hizo en su día Polibio) –y precisamente la que usa Eratóstenes para occidente–, es muy elocuente (*vid.* STR., III 2.11).  *Vid.* el sugerente trabajo de F. Trotta (1999: 81-99); para los mecanismos de selección / rectificación basados en el “criterio de autoridad” de la geografía griega ver Ch. Jacob (1986: 30-64, y más en general, 1998: 19-37; una síntesis en su manual, 2008: 150 ss).

10. Para los distintos mecanismos que explican la organización interna de toda la información del Libro III es fundamental P. Counillon (2007: 65-80).



un instrumento de gobierno aunque si ayuda a ello: cuanto más se conozca y se reflexione, mejor se gestiona. Permite el disfrute de la lectura fácil y el debate, desde una superioridad cultural manifiesta de lo greco-romano (y de lo griego ante todo<sup>11</sup>), parecido al papel que tuvieron de los libros de viajes de los siglos XVIII y XIX a lugares exóticos o recién conquistados. Por ello, fomenta incluso un acercamiento displicente y comprensivo hacia el conquistado, antaño feroz enemigo y bárbaro en muchos casos, ahora integrado en formas políticas y militares útiles; no es el lenguaje de la realidad sobre el terreno: ésta se deja, en todo caso, para los informes de los militares o las cancillerías<sup>12</sup>. Compárese, por ejemplo, su geografía turdetana con la pliniana: ésta si es una geografía del Imperio directamente heredera del modelo de Agripa –al que cita repetidamente–; aquí desaparecen Tarteso / Turdetania (cf. PLIN., *nat.* 3-17) y reaparecen Gades, Carteya, etc., ciudades con historia real, ¡no envueltas en el mito! (para una perspectiva global de la geografía pliniana *vid.* Beltrán Lloris 2007: 115-160)<sup>13</sup>.

11. Véase la fina ironía que utiliza para dejar clara la superioridad de los historiadores griegos frente a los romanos en III 4.19.

12. Como ha sido repetido en varias ocasiones, el militar o el comerciante no necesita de la geografía descriptiva o de la cartografía general para actuar; unos y otros responden a las contingencias del momento y, en todo caso, se guían o bien por los informes locales sobre los movimientos de tropas, los lugares de abastecimiento y los accidentes del terreno en caso de los generales (cf. al respecto el reciente y denso trabajo de F. Cadiou 2008); o bien los periplos sobre las rutas y los mercados más favorables en caso de los comerciantes.

13. Los intereses de la geografía de Estrabón son explícitos en la siguiente referencia: “Pues por medio de ellos [el mar, los ríos, las montañas...] pueden reconocerse los continentes, los pueblos, los emplazamientos convenientes de ciudades y las demás variedades de que está lleno un mapa corográfico –en ellos también está la multitud de islas diseminadas en los mares y junto a toda región costera– mostrando cada lugar sus factores positivos y negativos con las ventajas y desventajas que de ellos derivan, unas por la naturaleza, otras por la disposición. *Y hay que hablar de las que dependen de la naturaleza porque son permanentes, mientras que las que son adjetivas sufren variaciones. Pero también hay que mostrar de éstas las que son capaces de permanecer mayor tiempo, o que aunque no duren mucho tienen, sin embargo, cierta notoriedad y fama, que hace que en adelante permanezcan de algún modo como algo connatural con los lugares y no ya como una simple disposición, de tal manera que hay que acordarse también de ellas (...)* Así también hemos recordado leyes y regímenes políticos que ya no existen, impulsados por la utilidad lo mismo en este caso que en el de los hechos, bien por mor de la emulación o de la repulsión de los mismos” (STR., II 5.17, C 125; trad. de J. García Blanco: Gredos) –la cursiva es nuestra–.

Es obvia, y como complemento a la n. 12 *supra*, la clara complementariedad con el pensamiento de unas élites romanas que sienten que están dominando el mundo: frente al concepto justificativo del imperialismo basado en la *tyché* por parte de Polibio, véase el conocido “Sueño de Escipión” en CIC., *Rep.* 6.22, que constituye un verdadero alegato al dominio universal. La geografía es útil porque ayuda a conocer, y conocer es reflexionar sobre la acción inmediata o futura desde un punto de vista político e ideológico (para la utilidad de la geografía en este sentido es clarividente STR., I 1.1; 16; 18 y 22-23). Vid. para ello el trabajo de conjunto de Cl. Nicolet (1989); recientemente la sugerente introducción historiográfica de G. Traina (2008: 17-23) o la



El Tarteso y la Turdetania de Estrabón son, en este contexto, una ficción literaria elaborada con los elementos propios de la geografía descriptiva del helenismo: unas referencias muy antiguas como fuentes de autoridad, y un paisaje idílico debidamente convertido en historia proyectado sobre el presente para hacerlo más comprensible al gusto greco-romano; salvando las distancias, es como en el caso griego, donde los conflictos internos y las sucesivas hegemonías no han impedido la continuidad de una supuesta civilización, en este caso la tartésico-turdetana que alcanza su *floruit* precisamente con la *pax* augustea.

### C. TARTESO SIN TURDETANIA

Si se quiere hacer un esfuerzo de proyección de este marco ideal hacia el pasado, hágase; pero actuar así es no es entender ni la naturaleza ni la intencionalidad de la descripción de cada uno de los territorios hispanos en Estrabón. Es cierto que Tarteso existe antes de que Estrabón lo rescatase del olvido, pero –y que se nos perdone la expresión– si lo “desturdetanzamos” y Tarteso no es necesariamente la Turdetania de Estrabón, tal como lo hemos entendido siempre, ¿qué nos queda?

Decir, en primer lugar, que realmente –y como apuntamos– sólo será Estrabón (¿de Polibio?) quien haga coincidir Turdetania con el valle del Betis, hasta convertirlo en sinónimos (STR., III 1.6). Un término este último creado posiblemente por Catón a partir de la ciudad de *Turta* (o *Turða*) (frg. 40 y 41 Malcovati; cf. LIV., XXXIII 44.4 y PLAUTO, *Capt.* 163), y que designaría un pueblo bien concreto al sudeste de la Citerior, vecinos de los celtíberos y los saguntinos y, por tanto, muy lejos del valle del Guadalquivir. Dicha localización geográfica –y no la estraboniana– es la que se observa en los libros XXXIII y XXXIV de Livio hablando de las campañas de Catón de la primera década del siglo II a.C. e, incluso, en las referencias a un pueblo enemigo de Sagunto en los momentos previos de la Segunda Guerra Púnica (libros XXI, XXIV y XXVIII): esa sería, en todo caso, la Turdetania de la Segunda Guerra Púnica y los sucesos bélicos posteriores de la pacificación del corredor Cartago Nova-Cástulo, el estratégico *saltus castulonensis*. Es significativo que sea imposible localizar los turdetanos-túrdulos de Polibio (*apud.* STR., III 1.6; 2.15) o de Artemidoro (St. Byz., *s.v.* *Tourdetania*)<sup>14</sup> –es

recomendable síntesis de P. Arnaud (2007: 15-48), además nuestro trabajo del 2009 específicamente referido a Estrabón.

14. Tampoco en los fragmentos del geógrafo de Éfeso aparecidos en el Papiro de reciente edición [Gallazzi, Kramer, Settis *et al.* (eds.) 2008]; no entro aquí, porque en este caso no afecta al contenido de lo conocido de Artemidoro, en las dudas razonables sobre su autenticidad expuestas



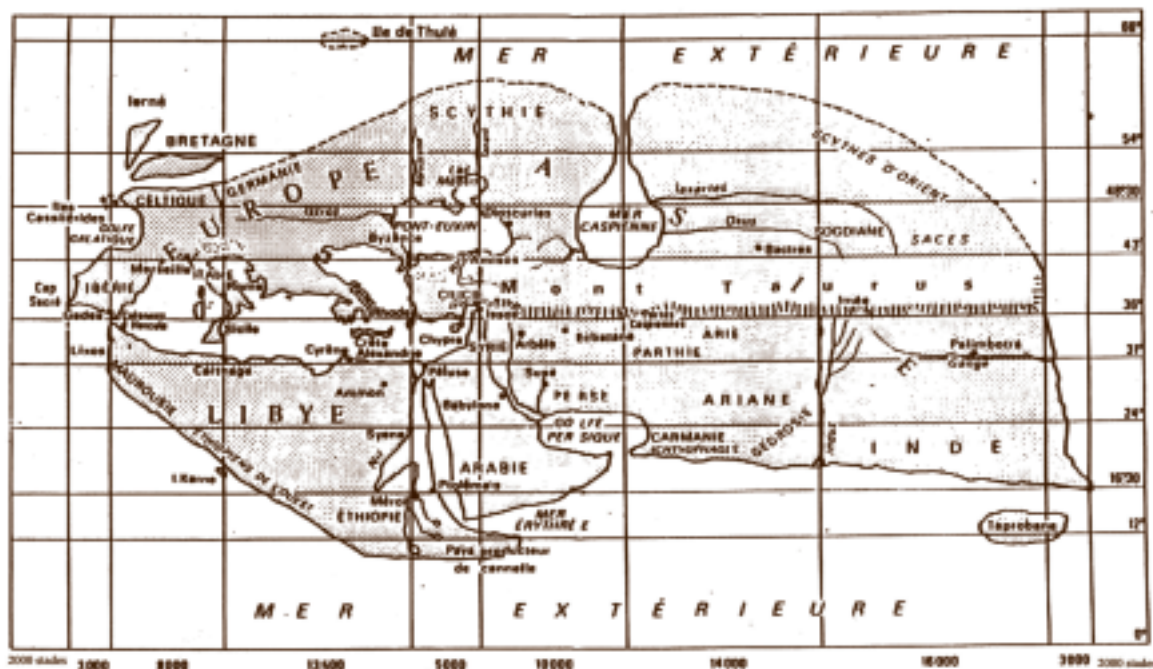


Figura 2. La ecúmene eratóstenica (según Aujac 2001)

decir: “desaparecen” durante casi todo el siglo II a.C., y que Plinio ni los cite (siguiendo posiblemente a Varrón o a Agripa). Plinio habla de los túrdulos confinados en las zonas periféricas de la Bética (PLIN., *nat.* 3.8; 3.25), e incluso al norte del Duero (los *turduli ueteres* de 4.113), pero el núcleo central del valle del Guadalquivir aparecerá sin adscripción étnica alguna<sup>15</sup>.

en extenso por L. Canfora (2008 y 2008a). Una buena reseña al respecto sobre ambas posiciones en A. Domínguez Monedero (2008: 305-331).

15. P. Moret e.p. Cf. n. 22, *infra*: obviamente Moret (2002: 275) no considera los *thersitai* polibianos (III 33.9) como tartesios, frente a E. Ferrer (2006 y e.p.). Un problema sería la asociación polibiana de turdetanos-túrdulos (conservada como vimos a través de Estrabón): ¿dónde estarían estos túrdulos polibianos que en Estrabón tendrían una adscripción geográfica más precisa?; y más cuando –como se ha visto recientemente, J. Untermann (2004: 204-208)– los “túrdulos” también son un concepto aglutinante por homofonía que, en realidad, agrupa a realidades étno-lingüísticas y geográficas muy distintas. Otra cuestión a plantear serían las fuentes de Estrabón que trasladaron la Turdetania hacia el oeste, a no ser que éste hubiera reordenado el mapa étnico por su cuenta y riesgo a partir de la homonimia con tartesios / túrdulos; todo lleva a pensar que



Por otro lado, hay un conjunto de tradiciones que, por ser de naturaleza fragmentaria y de condición muy diversa, se las ha considerado poco útiles históricamente hablando. Nos referimos a la identificación Tarteso-Gades o Tarteso-Carteia. Schulten (1925: 29 y 43) lo atribuía al resultado de la destrucción del emporio mítico y la “injusta apropiación de su fama” por parte púnico-gaditana; más recientemente J. Alvar (1989: 295-305) niega tal planteamiento imperialista y no duda que desde temprano Gadir fuera identificada con Tarteso, al ser la única ciudad extremo-occidental que pueda considerarse como tal, pero “naturalmente Gades no era Tartessos, ni probablemente su capital, que jamás existió” (p. 305): para ambos, en el fondo, no se duda en última instancia de que las dos realidades –como en Estrabón– son singularmente diferentes. En realidad el peso y la coherencia de la construcción de Estrabón<sup>16</sup> conducen a seguir abrazando la tesis clásica y a llevarla, por extensión, hasta los comienzos de la presencia greco-fenicia en occidente.

Con todo, en un reciente y sólido trabajo se apuntan otras posibilidades de análisis historiográfico e histórico<sup>17</sup>. Afirma que es difícil de creer que la identificación Tarteso-Gadir / Carteia sea una simple confusión erudita elaborada en el siglo I a.C.; debe responder a algo más que la casualidad la asociación de Tarteso con el entorno fenicio-gaditano cuando se da en autores muy diversos y de géneros tan distintos y sin conexión aparente (Salustio, Cicerón, Columela, Mela, Plinio, Silio Itálico, Apiano, Arriano, Valerio, Máximo, Avieno, Solino, Lido o Tzetzes). Un autor al que no podemos acusar de mal informado como Plinio habla en *nat.* 4.120 de unas “fuentes latinas”, posiblemente las mismas que las de Avieno (*Des.* 610-16; *Ora.* 85 y 267-70)<sup>18</sup>, y no olvidemos que Eratóstenes (en STR., III 2.11)

---

sería Polibio, puesto que por lo conservado de Artemidoro su geografía responde más al modelo del periplo.

16. La coherencia del armazón de nuestro geógrafo es relativa, puesto no puede dejar de citar la identificación Tarteso-Gadir (*cf.* III 2.11) o Tarteso-Carteia (III 2.14), lo que implica pensar que esta tradición tiene un cierto peso y está también extendida en las fuentes griegas que mayormente utiliza (Polibio, Posidonio, Artemidoro, Asclepiades) y que, por tanto, no es simple casualidad. No deja de ser significativo que la ciudad sobre la que más se exhibe nuestro geógrafo sea Gades: localización, extensión, población, mitos fundacionales, etc. (STR., III 5.3 ss.), lo que viene a indicar que existía toda una tradición y una leyenda alrededor de ella suficientemente extendida. Para el cambio de paradigma en relación a la fuerza de lo semita también en el período púnico-romano *vid.* Ferrer Albelda (2007: 195-23) y Ferrer Albelda y Álvarez Martí-Aguilar (2008: 205-235).

17. Álvarez Martí-Aguilar (2007: 477-492). Nos remitimos a él para todas las referencias y la bibliografía.

18. Avieno es una fuente muy problemática si, como hizo Schulten, le buscamos una única base y a partir de aquí elaboramos un único mapa; no obstante, es indudable que –muy a pesar de



–posiblemente tomado de Píteas– asocia la tartésida al entorno de Calpe-Eritía, frente a lo que piensa Artemidoro (y obviamente Estrabón).

No podemos afirmar con rotundidad cuándo, dónde y a quién atribuir esta asociación que, al menos, tiene un recorrido más allá del siglo I a.C. y que por la variedad y heterogeneidad de los testimonios es tan sólida como el Tarteso autóctono. Es evidente que, por lo conservado, tiene un claro sabor helenizante por esa búsqueda de equivalencias y etimologías; pero dicho sabor no deja de ser normal en un ambiente como el gaditano y en el entorno de un templo como el de Heracles-Melkart<sup>19</sup>. Por qué no pensar –como hace el colega citado– que en realidad Tarteso sea el epónimo con que los fenicios llamaban a Gades desde antiguo (como, en realidad, reconoce el mismo Plinio): a fin de cuentas sólo tenemos el testimonio de Ps. Escimno (*Orbis D.* 162-164) como el único en el que se establece con claridad una posición geográfica diferenciada entre uno y otro<sup>20</sup>, donde Tarteso podría corresponder al entorno de Huelva<sup>21</sup>. Como veremos a continuación, tampoco los testimonios más antiguos van en apoyo en realidad de la tesis clásica que tiende a proyectar una Turdetania idealizada al pasado tartésico.

No deja de ser significativo, además, que de las etnias / topónimos hecataicos que veremos a continuación sean los mastienos y Tarteso / ios los únicos que se continúan en la tradición posterior hasta Polibio: Teopompo (*Phil.* 115 Jacoby) –fuente de Polibio– habla de los mastienos vecinos de los tartesios (esta vez étnico, frente a Hecateo –*vid. infra*–), y el mismo Polibio (III 33.9: en un contexto donde no aparece Turdetania) cita a *mastios y ther-sitai* (¿tartesios?) junto a un conjunto de pueblos de la zona a los que Aníbal

---

sus intenciones más literarias que históricas– no se duda de la antigüedad de sus referencias Para las dos distintas posiciones: González Ponce (1995) y Antonelli (1998).

19. Al clásico estudio de A García Bellido (1963: 70-153), hemos de añadirle ahora los trabajos de Marín Ceballos, en especial el realizado con Jiménez Flores (2004: 215-239).

20. Editado recientemente por Marcotte (2002).

21. Posiblemente, como afirma nuestro colega (p. 489 y n. 70, con toda la bibliografía) también un emporio fenicio. En otro trabajo anterior, el autor interpreta los testimonios de Diodoro (XXV 10.1) acerca de las derrotas de “iberos y tartesios” a cargo de Amílcar, o el de Livio (XXII 19-20) sobre las desertiones de “gentes tartesias” instigados en el 216 a.C. por los prefectos de las naves tras la derrota de la batalla naval en la desembocadura del Ebro, como referido a poblaciones de origen fenicio, en el contexto de las tensas (y violentas) relaciones entre Gadir y Cartago ya desde la llegada de Amílcar en el 217; ello obligaría, en suma, a retrasar cronológicamente el uso del etnónimo “tartesio” como sinónimo de fenicio al menos hasta finales del siglo III a.C. (en extenso 2006: 125-140).

En todo caso, parece construirse en el entorno del Gadir helenístico toda una asociación con un pasado mítico e histórico particular (casualmente no asociado con Cartago) del dominio de buena parte de las tierras meridionales, que reaparece con fuerza en todo el siglo I a.C. y que Estrabón no tiene por menos que reconocer: recuérdese su afirmación de que los fenicios dominaban todo el sur (III 2.13 y 14).



capturó rehenes para trasladarlos al norte de África; *interpretatio* como “tartesios” que hace Esteban de Bizancio comentando al megalopolitano (*vid. THA* II B, 142 cc y cf = Meineke, 604 y 606)<sup>22</sup>.

#### D. EL TARTESO ARCAICO ¿GEOGRAFÍA O ETNIA?

Se nos olvida a menudo que el Tarteso arcaico aparece en un contexto literario derivado de los códigos lingüísticos marineros y coloniales posteriormente literaturizados, donde se va creando todo un grupo de noticias en la que se entrelazan accidentes, peligros y ventajas para la navegación de cada ruta, con toponimia, etnonimia, leyendas o historias asociadas a cada hito o lugar sacadas del rico corpus mítico asociado por lo general al héroe hercúleo: las menciones a Tarteso en Estesícoro (frg. 154 Page), Ferécides (frg. 17 Jacoby), Anacreonte (frg. 4 Gentili) e incluso Herodoro (frg. 2a Jacoby) responden, en el fondo, a este proceder. Llevados por un cierto afán historicista pasamos por alto que este cúmulo de noticias constituirá durante mucho tiempo una base substancial de conocimiento: el origen de la tan afamada crítica textual helenística al conjunto de tradiciones homéricas o arcaicas está precisamente en la distinción –con criterios de lógica, verosimilitud o estilo– entre lo podía ser susceptible de ser real o simple leyenda, sobre todo de aquellos lugares en los que no se tienen elementos de referencia cronológica o histórica clara, como es caso del extremo occidente mediterráneo; entre otras razones porque se consideraba una forma tan natural de “aproximación a la realidad” como la *historie* herodotea (Prontera 2003a: 11-26). Algunos trabajos recientes de toda la toponimia y los mitos asociados a la primera colonización euboica es buena muestra de ello (López Pardo 2005: 1-42; Antonelli 1997). Tan es consciente Estrabón de esta realidad heredada que tiene que dedicar sendos parágrafos (III 2.12 y 13) a

22. *Testimonia Hispaniae Antiqua* II B [THA II B]. *La Península Ibérica prerromana: de Éjforo a Eustacio*. Madrid: Fundación de Estudios Romanos, 1999. Mientras que para P. Moret (2002: 275) los *theruitai* constituyen un hápax, y defiende la inconsistencia histórica de la inclusión de *mastia tarseion* como topónimos que marcan el límite de la navegación en el Segundo Tratado romano-cartaginés, y añade además las dificultades de aceptar la *Mastia / mastienos* de Hecateo como lugares referidos a Iberia, dado los problemas de transmisión que plantea Esteban de Bizancio (*ibidem*, 273-75); E. Ferrer (2006: *passim*), por el contrario, recurre a la autoridad de Teopompo –contemporáneo al tratado– como engarce con Polibio e, igualmente, a la línea que reivindica recientemente la fiabilidad de Esteban, y en concreto sus fuentes geográficas, especialmente Hecateo, además de argüir sólidos argumentos que pueden corroborar la historicidad y vigencia del tratado incluyendo a Iberia, ya en la esfera de los intereses de los púnicos de Cartago y de los fenicios peninsulares (en extenso, ID., e.p.). Parece obvio, pensamos, que la solidez y la continuidad de la localización geográfica hispana del binomio Tarteso-Mastia en toda la tradición historiográfica (más allá de las confusiones iniciales –*vide infra*–) hace inclinar la balanza en este segundo sentido.



delimitar claramente qué leyendas relativas al extremo occidente en general, y a Tarteso en particular, son atendibles o no, lo que significa que todavía en su época este asunto era causa de polémica<sup>23</sup>.

Igualmente, y guiados inconscientemente por ese afán comparativo entre las maneras de aprehender la realidad del “antes” y del “ahora” que tanto nos confunde, no caemos en la cuenta que en el mal llamado “paso” del *mitos* al *logos* en el campo de la geografía es más teórico que real: se trata, como los presocráticos hacían con el Universo, de dar coherencia y orden lógico y armónico al mundo, entenderlo y comprenderlo en suma, antes que representarlo tal como era; el mapa circular de Hecateo, a caballo entre la tradición homérica, la perfección que significaba la figura del círculo y la representación simplificada de las “nuevas tierras” descubiertas, es un buen ejemplo de ello (Prontera 2001: 127-136); la vocación universal con que nace la primera geografía (y la historia) es otra buena respuesta de cuáles eran sus pretensiones desde el principio; en este contexto el uso del comparativismo y las continuas transferencias culturales para definir el “nuevo mundo” occidental con parámetros mejor conocidos, de carácter mítico o puramente geográfico, era bastante habitual<sup>24</sup>. Valgan estas breves consideraciones para saber en que mundo y campo nos movemos, donde mito, historia, geografía, toponimia, etnonimia o coronimia son elementos fácilmente intercambiables hasta bien entrada la época helenística<sup>25</sup>.

---

23. Detrás de este “racionalismo” hay todavía una conciencia real de que se puede “conocer” a través de las distintas construcciones etimológicas o míticas, ya que el mito y las tradiciones son consustanciales a la historia y la esencia de los lugares (cf. STR., II 5.17 y nuestros trabajos: 2008 a y 2009)

24. Para occidente véase P. Moret (2006: 40-67). No entramos a analizar en profundidad las citadas referencias de Estesícoro, Ferécides o Anacreonte que, para el grueso de nuestra argumentación, nos sirven de poco –como veremos– más allá de las acotaciones cronológicas; es mejor centrarnos en aquellos autores que, por moverse en un contexto “no mítico”, han sido esgrimidos por la historiografía como pruebas indiscutibles de la existencia de determinado Tarteso. De todas maneras, nos remitimos a nuestra Tesis para el análisis en extenso de dichas fuentes: G. Cruz Andreotti (1991).

25. Sería excesivo extendernos en los orígenes de la historiografía y la geografía entre los siglos VI y V, lo que es hablar, sobre todo, de Heródoto y Tucídides y lo que implican, así como sus “herencias” y “rupturas” con lo inmediatamente anterior y posterior. La bibliografía a citar es interminable; en relación a lo que nos viene ocupando recomendamos los estudios de R. Bichler (2001), A.Mª Biraschi (1989) o, recientemente, los trabajos al respecto contenidos en J.Mª. Candau Morón, F.J. González Ponce y G. Cruz Andreotti, eds. (2004); en general el siempre insustituible L. Canfora (1981: 357-429). Tomemos nota de unas breves pero certeras palabras de Ch. Jacob (2008: 74-75):

“A partir del texto de Heródoto, los griegos –por un abuso simbólico– proyectan su lengua y su mitología sobre el conjunto de la tierra habitada. Y los eruditos posteriores nos muestran que la eponimia de los continentes pasó a ser una de las cosas que ideológicamente estaba en juego en la rivalidad de las ciudades y las regiones griegas, jactándose cada una de ser el lugar de origen del personaje que había dado su nombre al espacio continental. Entre el mapa geométrico de Anaximandro



Pero ciñámonos a dos autores sobre los que se ha montado toda la imagen clásica del Tarteso arcaico: Hecateo y Heródoto. El primero no sólo es más complejo de analizar por el grado de conservación fragmentaria de sus textos, sino también porque representa una fase de transición hacia otra manera de ver el pasado que explotará definitivamente con el historiador de Halicarnaso. Desde las magníficas introducciones de F. Jacoby y G. Nenci (1923: 317-375; 1954: IX-XXXII, respectivamente), todo el mundo está de acuerdo en que Hecateo desarrolla un verdadero y encomiable esfuerzo de ordenación y conexión cronológica de todo un conjunto de genealogías fundacionales, relatos de héroes locales, rutas, geografías y etnografías variadas de la Hélade peninsular y colonial, de base esencialmente oral y periplética, más abundante y sustanciosa a medida que se acerca a las áreas nucleares de la aventura colonial (y al contrario).

Aceptemos la autenticidad y la ordenación de los fragmentos de estos dos grandes sabios, que provienen como sabemos en su inmensa mayoría de Esteban de Bizancio y, en menor medida, de Arriano. Pasemos por alto, como ya nos advierte la última editora y comentarista española del corpus hecataico hispano (Gangutia 1998: n. 292), que es difícil saber qué aporta cada uno de su cosecha, máxime cuando Esteban no sólo ordena alfabéticamente los fragmentos sino que también los glosa y les atribuye una geografía (como la adscripción continental) que en origen no tenían<sup>26</sup>. Obviemos, en fin, que Esteban usa tanto obras originales (entre los geógrafos sobre todo a Estrabón, Dionisio Periegeta y Pausanias), como léxicos varios, y que no está resuelta aún la cuestión de sus fuentes, como es de sobra conocido<sup>27</sup>.

---

—proyección de un orden intelectual sobre un espacio gráfico regido por la geometría—, y la representación herodotea de un espacio dividido y asignado, marcado por la división política y étnica, se ha dado un cambio de perspectiva importante. Podemos preguntarnos si el predecesor inmediato de Heródoto, Hecateo, no ha desempeñado en todo ello un rol esencial. (...) Los escasos fragmentos conservados testimonian la voluntad de ordenar las tradiciones míticas de los griegos, así como una atención particular a los topónimos. Hecateo aparece así como el fundador de una serie de genealogistas griegos, que comprenderá autores como Helánico de Lesbos, Acusilao de Argos o Ferécides de Atenas. Es probable que en esta obra perdida se haya establecido la unión entre la mitología y la geografía, puesto que *la tierra habitada ofrece un espacio de clasificación y de orden de las tradiciones que permiten rendir cuenta de la emergencia progresiva de un mundo dividido en unidades designadas y autónomas*" (la cursiva es nuestra).

26. Las dudas más que razonables de Heródoto (y la ironía con que se aplica para ello) sobre lo artificioso de la divisiones continentales son una prueba más que elocuente de lo que estamos diciendo: lo problemático de leer *ad litteram* fuentes arcaicas conservadas tan tardíamente (cf. HDT., IV 42 y 45).

27. Recientemente M. Billerbeck (2006: 48 ss.). Muchas dudas en P. Moret (2004: 40-43; 2006: 42-45 ss.); para la "rehabilitación" Esteban de Bizancio (a través de Hecateo y otros) véase D. Whitehead (1994: especialmente 109-117, y para Hecateo 119-120).

Un comentario especial merece un denso trabajo de Th. Braun (2004: 287-347) en el que se hace un repaso exhaustivo de todas las referencias hecataicas sobre el occidente mediterráneo.



Dejando a un lado todas estas objeciones –que no son pocas– podemos admitir que tenemos ante nosotros la primera sucesión de etnónimos / topónimos conocida a fines del siglo VI a.C. bajo la secuencia de elbestios-mastienos-tarteso (ios ¿?)-iberos. De lo conservado por Esteban de Bizancio sólo podemos considerar genuinamente hecataico por el rasgo jonio de la lengua las menciones a *mastienos* de los frgs. 40, 42, 43 y 44; a los *elbestios* del frg. 40, y a *Tarteso* en el frg. 38, todos de Jacoby, si seguimos a Elvira Gangutia. La forma de actuar de Hecateo queda muy clara en el conocido fragmento 26 de Jacoby, donde duda –guiándose por un criterio de lógica y verosimilitud– que podamos ubicar a Gerión en el extremo occidente<sup>28</sup>. Aunque el resto de los fragmentos conservados son muy escuetos, y no sabemos por tanto si sigue su razonamiento en la misma línea crítica, en la definición etno-territorial parece que en ocasiones o bien recurre a la comparación con la tradición homérica convenientemente evemerizada, o bien a otro tipo de lógicas, como puede ser un nombre parlante aludiendo a la riqueza o la singularidad del lugar, posiblemente a partir de una tradición oral bien extendida y construida en torno a “simetrías geográficas y correspondencias míticas” entre los dos extremos del mundo, el Ponto y Occidente, como bien aclara Pierre Moret (2006: 64-67). Así, por ejemplo, y como apunta Gangutia (1998: 149-50 y n. 299), sus Elbestios (que son los de Herodoro –frg. 2a Jacoby–) son los Selbisinos de Avieno –Ora 421–, conectados con la *Alube / Alubas* del catálogo de los aliados troyanos (HOM., *Il.* 2.857), que en algunas tradiciones tardías se la asocia al espacio de las Columnas anterior a la llegada de Heracles (sch. DION.

---

Dejando a un lado que desconoce la bibliografía histórico-arqueológica sobre la Península Ibérica de los últimos 30 años, desde el punto de vista metodológico da por hecha la lectura automática Esteban-Hecateo, y eso que afirma textualmente que “Esteban es un gramático interesado en las formas –no en la historia– de los nombres de lugar que encuentra en la literatura” (p. 291) y que actúa “de manera lógica desde la definición y la subdivisión a la demarcación de los derivados gramaticales” (p. 292). El estudio que sigue no deja de ser un recorrido literal de la fuente al más puro estilo de la “arqueología filológica”, a pesar reconocer las “limitaciones” de Hecateo (como desconocer la “latitud y la longitud”, guiarse de un “mapa circular con microconcepciones esquemáticas” y “depender de informaciones de segunda mano” p. 294). Más centrado y con toda la bibliografía: Ferrer (e.p.).

28. Conviene citarlo: “En cuanto a Gerión, contra el que Heracles argivo fue enviado de parte de Euristeo para arrear las vacas de Gerión y llevarlas a Micenas, dice Hecateo el logógrafo que no se acomoda en nada a la tierra de los iberos, ni a ninguna isla Eritea fuera del Gran Mar fue enviado Heracles, sino que Ceriones fue rey del continente en torno a Ampracia [Ambracia] y los anfilocos y que desde esa región continental Heracles arreó las vacas, no habiendo sido poca esta hazaña impuesta. (Arriano, *An.* 2.16, 5; trad. de E. Gangutia, THA II A, p. 137; cf. 138-41, con las fuentes y un análisis básico). Apunta la autora una razón de carácter geográfico que conviene resaltar: Hecateo saca a los mitos del espacio oceánico, porque éste deja de ser un espacio mítico para pasar a constituir uno geográfico, un amplio piélagos en suma (cf. Janni 1997: 23-40).



PER., v. 64), o con la *Alibante* de Odiseo, unida también a Sicania / Sicilia (*Od.* 24.304): nombres parlantes todos ellos que hacen alusión a “espacios de la plata” finalmente (y fácilmente) convertidos en toponimia a un lado y a otro del estrecho (*cf.* Gangutia 1998: ns. 299-300, pp. 149-150 y n. 8 y 10, y pp. 9-11)<sup>29</sup>. Este proceder se continua en la cita de algunas ciudades: Molibdine (frg. 44 Jacoby) era la “ciudad de Plomo”, como Menobora “del boquerón” (frg. 42 Jacoby), etc. Este conjunto de noticias de carácter coronímico / toponímico –que parecen construir una “geografía popular” derivada de fáciles etimologías o evemerismos sacados de la hidronimia o el mito en la mayoría de los casos– es ordenado en torno a una serie de criterios preestablecidos (sucesión de continentes –¿?– / referencia geográfica de localización y – o orientación y/o etnia correspondiente y/o polis, en su caso), y que terminan por llenar de contenido un mapa previo diseñado geoméricamente (*cf.* Prontera 2001).

En este contexto, sorprende el escaso eco que tiene Tarteso en lo conservado en Hecateo en comparación con los mastienos, cuyas *poleis* inundan el conjunto de la costa extremo occidental<sup>30</sup>. Aquí Tarteso es un territorio (*cf.* Anacreonte, frg. 4 Gentili) –derivado obviamente de un hidrónimo (*cf.* Este-sícoro, frg. 154 Page)–, una de cuyas ciudades –*Ibila*, frg. 45 Nenci– recuerda a los elbestios comentados; en todo caso no es un étnico, lo que no deja de ser paradójico. Es curioso que Esteban de Bizancio recoja en el mismo fragmento hecataico que Filisto (frg. 30 Jacoby) haga alusión al origen líbico de los elbestios, unidos por Avieno (*Ora* 421) a los controvertidos libiofenicios junto con los mastienos<sup>31</sup>. En todo caso su raíz está en relación con la riqueza de la plata y es un claro nombre parlante; la otra ciudad mencionada, *Elibirge* (frg. 38 Jacoby), pertenece al horizonte lingüístico común en “Ili” o “Urgi” (Hoz 1989: 534). Otros textos de Esteban (como el frg. 606, 15.8) que hablan de Tarteso como “ciudad” o “río de la plata” que nace en las “montañas de la

29. Pero también al área entre el río Halys y Trapezonte, en el Ponto (al este de la Tróade), zona que Estrabón conocía bien (*STR.*, XII 20-27) (*cf.* Moret 2006: 58-59, para quien la occidentalización de *Alube* es una especulación tardía, resultado de las distintas –y extedidísimas– tentativas de localizar los lugares de Homero, y más si es un país lejano y rico en plata).

30. Para la problemática del término *polis* en Hecateo *vid.* Whitehead (1994: 119-120) y recientemente M.H. Hansen (1997: especialmente pp. 20 y 27), quien analiza únicamente los fragmentos atribuidos textualmente a Hecateo o los que Esteban piensa que debe haber usado la palabra citada, terminando por concluir que el milesio usa el vocablo de manera indistinta tanto para un emplazamiento urbano, como para una simple aldea e incluso una ciudad-estado en sentido estricto.

31. Al igual que hay una Calate hispana (*HEC.*, frg. 39 Jacoby), hay otra en el Ponto (*ibídem*) o en el norte de África (*PTOL.*, IV 3.12).





construcción de una geografía a partir de la exégesis homérica: de ahí el conjunto de “confusiones”, como la mastiena –por citar la más polémica<sup>33</sup>. Todo ello posiblemente no es más que el resultado de la conciencia vaga (y antigua) de la existencia de las mismas etnias / pueblos a un lado y otro del estrecho –como atestigua la polémica Filisto / Hecateo anotada–, y la dificultad de ordenarlo con precisión; este poso semita no tendrá por menos que reconocerlo indirectamente Estrabón cuando afirma que fueron los “fenicios” los informantes del mismísimo Homero (STR., III 2.13 y 14)<sup>34</sup>. En todo caso, y en este contexto, donde mito, geografía, poesía y prosa se entremezclan –como no podía ser de otra manera–, Tarteso se nos aparece como un hidrónimo que muy pronto (en una secuencia bastante habitual) termina por definir un lugar y/o una región en el entorno de las Columnas y “más allá de Iberia”, los únicos referentes geográficos incontestables; una definición territorial que no entra en la adscripción cultural o étnica que comúnmente se le viene dando<sup>35</sup>. Decir más es volver a Estrabón.

Posiblemente no estaríamos donde estamos sino hubiera sido Heródoto el que se extendiera por vez primera –aunque de manera harto somera– sobre la historia y la caracterización político-territorial de Tarteso. Otros derroteros hubiera tomado el asunto si se hubiera mantenido en el campo de lo fragmentario. Curiosamente Heródoto hace desaparecer las etnias hecataicas, lo que es más sorprendente dado el peso que tiene este último en su obra. A diferencia de las tradiciones anteriores, en las que

33. Cf. n. 22 *supra* y Ferrer Albelda (2006: 1997-2008) *versus* Moret (2002: 257-276). Parece cada vez más evidente que el etnónimo es de carácter arcaico y cuya continuidad hasta época romana atestigua una operatividad, y al que Hecateo le da una condición inequívocamente aglutinante que –*mutatis mutandi*– responde al área fenicia (cf. frgs. 52 Nenci y 42-43 Jacoby), y después bástulo-bastetana o libiofenicia, lo que no deja de ser interesante: Domínguez Monedero (1995: 13, 223-239; Ferrer Albelda y Prados Pérez 2001-2002: 273-282); contra esta adscripción étnica hecataica Moret (2004: 41-42).

34. Para este origen fenicio-púnico de buena parte de la “geografía” atlántica (¿y por qué no mediterránea?) primera del extremo occidente *vid.* López Pardo (2007: 133-141).

35. Tomemos nota de las acertadas palabras de Ferrer (e.p., n. 15): “Mastienos y tartesios serían, en este sentido, los habitantes de *Mastia* y de *Tartessos*, regiones colindantes cuyo límite estaría situado probablemente en el estrecho de Gibraltar. De ninguna manera establecemos correspondencia entre estas *ethne* y pueblos ‘indígenas’, en el sentido que se usa habitualmente el término. En otras ocasiones hemos insistido en que el componente étnico-cultural de ambas regiones era mayoritariamente de origen fenicio, pues aquello que los testimonios griegos más antiguos denominan *Tartessos*, río o región –probablemente el entorno de la desembocadura del río homónimo–, era una área colonizada por los fenicios y muy orientalizada”. El cambio de modelo en el tratamiento del fenómeno colonial, y de lo fenio-púnico en particular, tanto desde un punto de vista histórico como en el análisis de la documentación literaria y arqueológica, está densamente resumido en: Álvarez Martí-Aguilar y Ferrer Albelda (2008: 165-204) y Ferrer Albelda y Álvarez Martí-Aguilar (2008: 205-235).



cabe reconocer un vector euboico que se continua con Herodoro (frg. 2a Jacoby), aquí vemos una fuerte impronta samio-focense explícita, los últimos en sumarse a las corrientes colonizadoras occidentales.

No vamos a repetir las aquí, por ser de sobra conocidas, pero tomadas en total (HDT., I 163 y IV 151 a 153), las menciones a Tarteso son pura anécdota en relación al conjunto de su obra; este tipo de referencias casuales al hilo de la historia principal son muy comunes. En este caso, Tarteso y su riqueza sirven como explicación del papel nuclear del Heraion de Samos en el proceso colonizador –caso de Colaio (HDT., IV 151 a 153)–; o para explicar el amurallamiento de Focea gracias al comercio de ésta con el extremo occidente y, en última instancia, un hito más de su diáspora occidental que culmina con el incidente de Alalia –caso de la *amicitia* con Argantonio (HDT., I 163)–. Entre los dos relatos hay un margen de 70 años como si de dos fases se tratara –y de dos tradiciones distintas, posiblemente: el descubrimiento casual y con tintes heroicos de Colaio, no por nada samio y asiático, y la incorporación focense posterior a un mercado pujante. Y adornado siempre con el tema de la proverbial riqueza de los confines y hospitalidad de sus monarcas (cf. Anacreonte, frg. 4 Gentili<sup>36</sup>), tan querido de toda la literatura antigua [ya Grilli (1990: 9-26) o Braun (2004: 296-303), entre muchos]: un Argantonio que termina viajando de este a oeste<sup>37</sup>. En todo caso, es bien cierto que todo ello adquiere una topografía más precisa y simplificada. El mito hercúleo, que está también presente en el relato herodoteo, queda curiosamente asociado Gades, y no a Tarteso (HDT., IV 8; Cruz Andreotti 1991a: 155-166).

Para entenderlo en su contexto hay que tener en cuenta dos aspectos. En primer lugar, su posición crítica hacia la visión que hasta la fecha se tenía del extremo occidente mediterráneo. Al conjunto de tradiciones precedentes las considera poco fundamentadas en fuentes fiables (sostenidas en cantos de poetas o relatos de “bárbaros”, nos dirá –HDT., III 115–; cf. II 23 y IV 8 y 42.2-4.1 para su crítica a “noción circular” –homérica *δixit*– de Océano) dado el desconocimiento general del occidente europeo hasta escasas fechas –HDT., III 115; cf. IV 45–. Por ello, y en segundo lugar, su geografía se limitará a lo imprescindible y contrastable (según el mecanismo de lo oído, lo visto o lo escrito) por cualquiera. Frente al exceso de geometrización y

---

36. Anacreonte residió Samos, en un ambiente especialmente receptivo a mitos y noticias en torno al extremo occidente.

37. Para Argantonio como “nombre parlante” sinónimo de opulencia ver la n. 503 de E. Gangutia (1998), donde destaca –asimismo– que no es sólo de la Península (también en Tracia, Anatolia, etc.).



teoricismo –censura indudablemente dirigida a Hecateo, cuyo mapa está bastante difundido y no sólo en ambiente jonio –cf. HDT., IV 36.2<sup>38</sup>–), el dibujo herodoteo resultante queda bastante abierto y, como veremos, conscientemente incompleto (HDT., IV 45). Indudablemente tiene que poner un hito en el extremo occidente, y para ello están las Columnas, que gozan de una amplísima tradición al respecto: de ahí el que no renuncie a recoger los mitos asociados a ellas, aunque matizados con el término “dicen” e incluyendo un referente histórico suficientemente conocido como es Gades. A un lado y a otro las costas europea y africana del Ponto interior y más allá el Océano que, obviamente, ya no es un río sino un mar abierto (en oposición al Caspio, que es un mar cerrado). El río Tarteso es el único elemento que aporta una cierta vertebración interna –*vid. infra*<sup>39</sup>.

Dejemos a un lado la descripción de la vertiente líbica (HDT., IV 184 ss.), y ciñámonos a la hispana: seguro que siguiendo un modelo periplético en origen tenemos una ruta que va desde el “mar adriático y tirrénico” a Iberia y Tarteso –I 163–, así como a Celtas y Cinetes –II 33; IV 49.3<sup>40</sup>–, que ocupan el “extremo europeo” que va más allá de las Columnas / Gades (frente a Píndaro, para quien Gades / Columnas es el *finis terrae*: O 3.43; I 3/4.29; N 4.69; frg. 256 Bernabé)–: dos territorios y dos etnias<sup>41</sup>. Queremos hacer notar un detalle: si en IV 152 Tarteso está más allá de las Columnas, en I 163 apunta que está “después de Iberia”, pero ¿dónde empieza una y comienza otro? Recordemos un conocidísimo texto de Estrabón (III 4.19) acerca de los nombres y la extensión que Iberia ha tenido a lo largo de los tiempos, en el que dice que “todo el territorio más allá del Ródano y del istmo configurado por los golfos galáticos fue denominado Iberia por los primeros autores (en cambio los contemporáneos le ponen como límite el Pirineo y dicen que son sinónimos las propias Iberia e Hispania); [\*\*\*]

38. Será este mapa o uno similar al que su conciudadano y contemporáneo Aristágoras presentó ante Cleómenes de Esparta para convencerle de las ventajas de atacar al persa (HDT., V 49-50), a lo que Hecateo se opuso (HDT., V 36).

39. Para toda la geografía y cartografía de Iberia en profundidad, nos remitimos a los trabajos de F. Prontera [1990: 55-82; 1999: 17-29 (= 2003: 87-101); 2006: 15-29].

40. En realidad los celtas son el pueblo extremo “más allá de las Columnas” y ocupan toda amplia –e imprecisa– franja occidental y septentrional europea (*vid. infra*).

Por otro lado, si estos cinesios / cinetes son los esdetes de Hecateo (frg. 47 Jacoby) (y los conios de PLB., X 7-75) tenemos la única concesión al milesio, quizá relacionada con el posible recuerdo de los curetes cretenses y la batalla de los Titanes (cf. *Titanomach.*, frgs. 3 y 6 Bernabé) anterior a la conformación definitiva del mundo; asociación con el espacio tartésico ya explícita en Justino (XLIV 4.1) (Gascó 1987: 184-194; 1987b: 127-145).

41. No es inusual –antes al contrario, como hemos visto– que étnicos se territorialicen y a la inversa, o que coexistan territorios y etnias. Una realidad sumamente simple que contrasta con la riqueza hecataica o de un contemporáneo suyo, como es Herodoto (frg. 2a Jacoby).



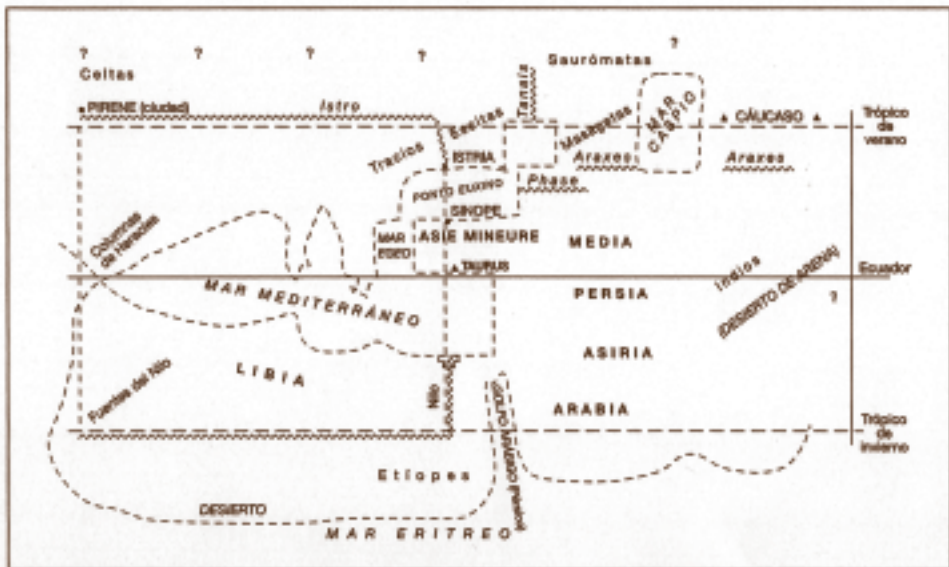
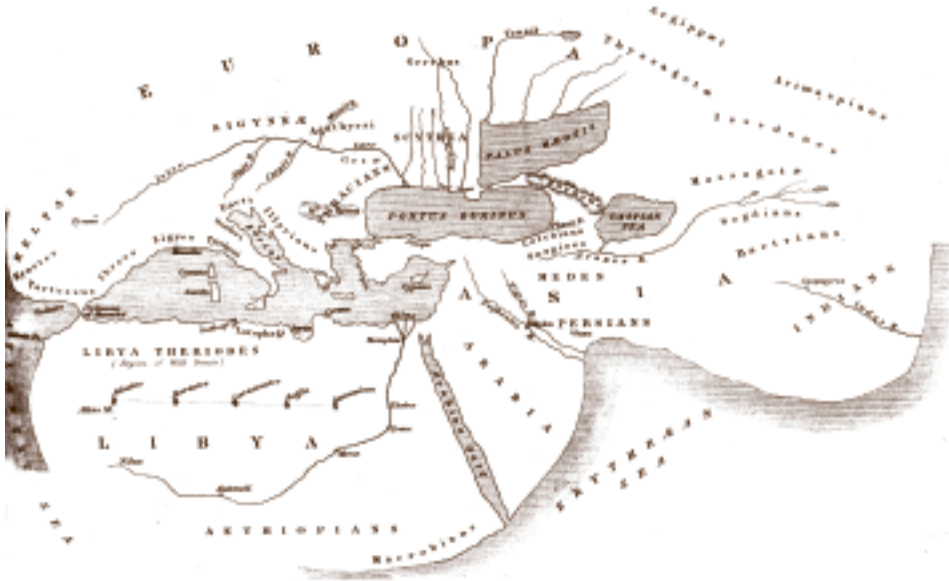


Figura 4. Arriba la ecúmene herodotea (ciertamente “recreada” por E.H. Bunbury 1879) y, abajo, el más que probable “mapa” esquemático con el que organizaba pueblos y territorios (según Ch. Jacob 2008)



solo denominaban a la región más allá del Iber; otros todavía anteriores llamaron a estos mismos, que no ocupaban demasiado territorio, igletes, según afirma Asclepiades de Mirlea; los romanos por su parte denominaron de la misma forma Iberia o Hispania a todo el territorio, a una parte de ella la llamaron ulterior y a la otra citerior; pero sus divisiones varían con el tiempo adaptando su dominio político a las circunstancias<sup>42</sup> (trad. F.J. Gómez Espelosín: Alianza). Otro texto de Aristóteles –que sabemos que sigue modelos cartográficos arcaicos pre-alejandrinos– es fundamental: “Desde Pirene (éste es el monte <situado> hacia el ocaso equinoccial, en la Céltica) fluyen el Istro y el Tarteso. Este último <desemboca> fuera de las Columnas <de Heracles>, mientras que el Istro, <tras fluir> a través de toda Europa, <desemboca> en el ponto Euxino” (*–Meteor.*, 1.350b1; trad. M. Candel: Gredos)<sup>43</sup>; traigamos a colación ahora los dos textos de Heródoto al respecto y vemos claras las analogías (II 33 y IV 49 respectivamente): “El río Istro, tras nacer en el país de los celtas y ciudad Pirene, corre dividiendo Europa por la mitad. Los celtas habitan allende las Columnas de Heracles y limitan con los cinesios, que son los habitantes más extremos hacia el occidente de los que viven en Europa (...) Corre el Istro a través de toda Europa tras nacer en el país de los celtas, los últimos que junto con los cinetes habitan las regiones del Occidente de Europa” (Trad. de E. Gangutia, *THA* IIA); añadamos uno de Escimno –contemporáneo de Polibio pero tributario de fuentes pre-eratosténicas– que parece englobar igualmente Tarteso dentro de esta Céltica *ultima*: “Gadira, donde es fama que se crían grandes / cetaceos. Después de ésta, cumplidas dos singladuras / se llega a un emporio muy floreciente / la llamada Tarteso, ciudad ilustre. / El estaño traído por el río [Tarteso?] de la tierra de los celtas / el oro y el bronce, los posee en gran cantidad. Luego se extiende la tierra llamada céltica / hasta el mar que baña Cerdeña” (PS. SCYM-NUS, *Orbis D.* vv. 161-195; trad. de Alberto Bernabé, *THA* II B; cf. Marcotte 2002: 164-166); y, finalmente, el conocido “diagrama” de Éforo para quien la céltica englobaba “todo lo que hoy llamamos Iberia *hasta* Gadira” (EPHOR., frg. 131 Jacoby *–apud.* STR., IV 4.6) –la cursiva es nuestra–. En realidad una Céltica que ocuparía, sobre el horizonte de Grecia (36° N), un gran espacio que iría desde el poniente equinoccial al de verano. Como apunta D. Marcotte<sup>44</sup>, en la representación esquemática del espacio europeo conocido de Heródoto a Aristóteles, y transmitida en la tradición

42. Esta concepción última igual en ARTEMID. EPHES., *Geographoumena*, fr. 21 Stiehle.

43. Para los Pirineos cf. una síntesis en Beltrán Lloris y Pina Polo (1994: 103-133).

44. Marcotte (2006: 33-34).



periplética posterior, los Pirineos (orientados de N-S y en la misma latitud que Gades / Columnas) juegan el papel de límite entre dos mundos. Pero además, desde la perspectiva de la traslación de la experiencia náutica a la cartográfica ambos hitos son dos “cambios de rumbo” en la navegación: desde el golfo de León hacia Emporion para el primer caso; desde el mediterráneo al atlántico para el segundo. Ambos espacios serían, al menos hasta la “expansión masaliota” por las costas ibéricas, los mejor conocidos para los griegos y, obviamente, los que traslada Heródoto a su mapa.

De qué estamos hablando, en suma: de una geografía “en construcción” desde el mismo Heródoto, donde Iberia / Tarteso tienen una localización imprecisa, porque la misma Tarteso parece incluir una “secuencia territorial” nueva en un mundo dividido entre una Iberia restringida inicialmente al espacio entre el Ródano y el Iber (*cf.* AESCH., frg. 73a Radt *apud* PLIN, *nat.* 37.32, donde el Eridano / Ródano está en Iberia<sup>45</sup>) y “el resto” ocupado por la “gran céltica” hacia el occidente con los Pirineos / Pirene como límite. Con el reconocimiento cada vez más intenso de la costa mediterránea fomentado por Massalia y los focenses, y la ampliación de su campo de acción más allá del Mar Tirreno y el Golfo de León (escenario, no lo olvidemos de Alalia –HDT. I 165-167–), la topografía adquiere una localización cada vez más concreta –no sin problemas–, produciéndose una extensión de Iberia a toda la costa mediterránea y una localización de Tarteso en el entorno a las Columnas; ya con Ps. Escilax (*Per.* 2-4, *G.G.M.*, I, pp. 16-17), un autor de época de Filipo, tenemos el primer testimonio periplético explícito de una Iberia “entre las Columnas y el Ródano” habitadas por iberos, aunque no similar a la Iberia de Polibio (PLB., III 37.10-11) o Artemidoro (*cit.* n. 42), puesto que éstos sí establecen por vez primera los Pirineos como límite<sup>46</sup>.

Es difícil hacerse una idea de las intenciones de Heródoto, habida cuenta del escaso interés por los asuntos de occidente: lo que está claro es que frente a una “cartografía de compás” o una etnografía imprecisa –llena de analogías con la tradición épica–, nuestro autor pretende elaborar –sin demasiado entusiasmo, todo hay que decirlo, y casi de pasada– una alternativa más fundada en una cartografía que puede ser contrastada con la experiencia marinera e histórica, lo que explicaría los silencios con respecto a la tradición anterior (que indudablemente conoce). Por ello, es indiscutible la factura samio-focense de las informaciones sobre Iberia y

---

45. Incluso Fileas, un autor contemporáneo, pensaba que el Ródano limitaba “Europa de Libia” (*apud* AVIEN, *Ora* vv. 691-96, que obviamente se mofa de ello). Para el contexto literario *vid.* Gangutia (1998: 199-201).

46. En extenso: Marcotte (2006: 31-38).



Tarteso (*cf.* HDT., VIII 132: “...pareciera como si creyeran que Samos estaba tan lejos como las Columnas de Heracles...”), ya que está claro que aquéllos forman parte de la llamada rutas septentrional (o de las islas) o meridional (o africana)<sup>47</sup>.

## E. ALGUNAS CONCLUSIONES

Empecemos por el final. En un trabajo temprano (Cruz Andreotti 1991: 155-166) analizábamos la omisión sobre los fenicios occidentales por parte de Heródoto como una acción intencionada, para destacar así la preeminencia helena en el descubrimiento de la Europa occidental. Hoy en día no estaríamos tan seguros de tamaña afirmación, sabiendo del desconocimiento general del occidente mediterráneo y el escaso interés que suscita aquél, a excepción de situaciones entendidas como casuales –como el caso de Alalia. Ello no obsta para que sigamos defendiendo –como ya demostró magistralmente E.J. Bickerman (1952: 65-81)– que la “apropiación de los espacios” y su “explicación en clave griega” sigue y seguirá siendo una práctica habitual, sobre todo por parte de la historiografía greco-occidental, como se ha visto recientemente para Timeo (Sánchez Jiménez 2008: 155-169).

En todo caso, ¿qué tenemos? Estamos ante un proceso de delineación topográfica y geográfica de parte de la geografía mediterránea por exigencia de las nuevas realidades coloniales y comerciales, y con la consecuencia añadida de poner cierto orden en un conjunto de tradiciones orales, épicas o míticas de procedencia diversa –mayoritariamente anatólicas–, pero en todo caso no autóctonas. El conocido frg. 2a de Herodoro –¡también transmitido por Esteban de Bizancio!– es un buen ejemplo: ante las dos líneas pujantes que ya están consolidadas (la hecataica y la herodotea) plantea una síntesis de ambas bajo el común denominador de un *genos* ibérico inexistente hasta la fecha, que agrupa a unas tribus (*phulai*) –antes *ethne*– en torno a la costa del estrecho y bajo el paraguas del Heracles civilizador. El esfuerzo ordenador según parámetros helenos es excesivo como para responder a “cambios de realidades” en las costas peninsulares<sup>48</sup>.

47. Pero también cabe pensar en fuentes feno-púnicas; es curiosa la asociación de Tarteso con Cartago cuando está hablando de los comadreas líbicas comparables a los hurones tartesios (HDT., IV 192.3 = STR., III 2.6) –aunque la noticia es tan anecdótica que puede funcionar el conocido mecanismo analógico–, y es indudable el origen semita del dato sobre los mercenarios ibéricos en VII 165, y otras tan conocidas como el llamado “comercio silencioso” que tanto han dado que hablar (en HDT. IV 196), así como buena parte de lo referente a Libia.

48. Moret (2004: 42-43 y 2006: 42-45).



En última instancia, este panorama viene a confirmar que el problema deja de ser etno-identitario para pasar a ser geográfico. Desde el principio, el extremo occidente visto por los griegos bascula entre Tarteso e Iberia, o si se quiere entre las rutas este-oeste / norte-sur respectivamente y, sobre ello, se superpone un confuso panorama étnico que poco puede tener de identitario y mucho de ir rellenando huecos de un espacio geográfico vacío. Dejamos abierta la posibilidad, explorada por otros colegas –como hemos apuntado–, que Tarteso / tartesios sea un territorio aglutinante que esconde más que una realidad uniforme y homogénea, un complejo panorama en torno a las costas andaluzas a uno y otro lado del estrecho y el valle del Guadalquivir en el que el factor semita tiene mucho que decir: ¿por qué sino es por ello que la tartésida de Eratóstenes (*apud* STR., III 2.11) coincide con el ámbito cultural y geográfico de las Columnas y merecerá una fuerte crítica de Estrabón?

Pero, ¿qué puede haber detrás de las dos “historias” tartésicas de Heródoto? Más allá de estas disyuntivas geográficas, el conjunto de las narraciones responden a los cánones literarios de las historias de aventura generadas por la colonización, que peden llegar hasta la *Odisea*. Nadie duda de la presencia samio-focense, pero los acontecimientos por sí mismos no forman una historia, y más cuando aquéllos han ocurrido hace muchos años: para que éstos sean creíbles hay que adornarlos, darles una estructura coherente y bella (una intriga, un argumento, una perspectiva con el recurso a la analogía o a la metáfora, con una finalidad ideológica consciente o no). Como apunta D. Pralon (2000: 14-17) la totalidad del relato (HDT., I 163-167) hay que verlo como las “tribulaciones patéticas” de un pueblo errante expulsado de su patria, hasta la fundación de Elea, sobre el modelo de una “canción de gesta”: “...los primeros griegos en practicar largos viajes... por el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tarteso...”; viajes realizados en naves rápidas, propias de los piratas y aventureros, hasta llegar al límite de lo maravilloso: un reino más allá de las Columnas. Un lugar paradisíaco y rico cuya descripción es una ‘copia’ de la Esqueria de los Feacios (*Od.* 6-7): frontera entre la realidad y el mito, Argantonio –como Alcínoo a Odiseo– quiere retenerlos; como el rey homérico es longevo y hospitalario, y poco importa si una vez lo define como “rey” y otras como “tirano”<sup>49</sup>; como no consigue convencerlos para que se queden, la “historia real” sigue su curso, como su curso siguió la fundación de Cirene tras el enriquecimiento casual

---

49. En otro contexto para Heródoto la distinción tendría su importancia; aquí no, porque lo que menos le interesa es la “naturaleza política” del lugar.



de Colaios; Tarteso desaparece del texto y de las *Historias*, una anécdota curiosa más, fundada en fáciles etimologías o vaguísimos recuerdos orales<sup>50</sup>.

Más interesante es ver si toda esta reconstrucción de la historia tartésica tiene algo que ver con una cierta identidad turdetana. Algunos de los participantes en esta publicación saben de las dificultades –aceptando a priori el término– de llegar a algún tipo de conclusión en este sentido con la documentación arqueológica en la mano; problemas de método pero también de la calidad y cantidad de la información. Sugestivos ensayos se han hecho últimamente al respecto, combinando el factor púnico y el romano alrededor de la realidad urbana o de la moneda como un fenómeno de emulación / reafirmación (*vid.* n. 2 y Chaves Tristán 2008: 353-377).

Como hemos ido viendo, está claro que desde la perspectiva literaria Tudetania es un concepto etno-geográfico aglutinante sobre el que –partiendo de Tarteso– se ha hecho confluír de manera harto simplificada toda una serie de procesos internos y externos hasta crear un modelo homogéneo geográfica, étnica y políticamente hablando: y en ello Estrabón ha tenido mucho que ver y, posiblemente también, ese enigmático Asclepiades que vino a enseñar gramática a las élites provinciales de origen púnico y / o itálico. Evidentemente no tenemos datos para pensar que, a estas alturas, esa imagen formaba parte del acerbo cultural e identitario de una oligarquías que se construían, así, un pasado propio: como hemos dicho al principio, la “conciencia étnica” que las fuentes sacan a la luz suele ser el resultado inmediato de conflictos bélicos y, desgraciadamente, este fenómeno ha sido laminado en la imagen “pacífica y paradisíaca” del sur.

Con todo, no deja de ser curioso que todos los nombres dados a la región parezcan tener la misma raíz (\**trt*) –*vid.* Rodríguez Adrados (2000: 1-18)– y que los procesos de ordenación étnica en torno a ellos (túrdulos / turdetanos-bástulos / bastetanos / libiofenicios) se estén dando durante el siglo II a.C., tras unos momentos de más que evidente inestabilidad (los tersitas de Polibio, los tartesios de Livio, la Turta de Catón....) aún insuficientemente estudiada. Incluso más: ya hemos apuntado que la tartésida de Eratóstenes (en STR., III 2.11) “coincide” geográficamente hablando con los túrdulos del sur de Ptolomeo (II 4.9) (*cf.* Untermann 2004: 204-206), y si todo ello lo ponemos en relación con la cuestión bástulo-libiofénice, puede que aquí esté una de las claves del problema: la realidad tartésica correspondería, en todo caso, a la zona costera-semita alrededor del estrecho, precisamente la que

50. *Contra* L. Antonelli (2008: 98) que no entra en la “lectura interna” del texto, y sí en los numerosos datos a favor de una pujante presencia focense; ambos aspectos no tienen por qué ser contradictorios (en extenso pp. 91-102).



finalmente se organizó en torno a una división conventual coherente. Así se explicarían mejor las noticias estrabonianas sobre las reuniones en torno a Asta (STR., III 2.2), las “confusiones” Tarteso / Gadir o Carteia que hemos comentado y, en suma, la enorme importancia que le da Estrabón a Gades como tal en comparación con otras capitales coventuales o provinciales: de hecho es de la única que describe su “historia fundacional y antigua” de manera extensa y completa.

Pero en nuestro caso se nos escapan las razones para que –al mismo tiempo– este étnico termine dándole el nombre a un territorio “diferente”, aunque no debemos olvidar la importancia del Guadalquivir como eje básico y organizador de la actividad económica, la tupida red urbana articulada alrededor suyo desde antiguo (¿es casual la fundación de *Corduba* o *Hispalis*?) o el papel de algunas ciudades de estirpe púnica (¿Carteya-Tarteso o las decenas de caballeros en *Gadir*?). ¿Es posible que tartesios / túrdulos fueran la “etnia originaria” (a partir de la tartésida erastoténica), con una fuerte impronta semita, a partir de la que la región termina siendo la Turdetania histórica? Como posibilidad es muy interesante, aunque está claro que el esfuerzo de simplificación y síntesis estraboniana –el mejor conservado– nos lo ha puesto muy difícil<sup>51</sup>.

---

51. *Vid.* nuestra bibliografía citada en n. 6.



## BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR, J. (1989): "Tartessos-ciudad = Cádiz. Apuntes para una posible identificación", en *Homenaje al Prof. Santiago Montero. Anejos de Gerión* 11: 295-305.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005): *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*, Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2006): "El origen del ariete: Cartago versus Gadir a fines del s. III a.C.", en J. Martínez-Pinna (coord.), *Initia Rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*: 125-140, Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2007): "Arganthonius Gaditanus. La identificación de Gadir y Tarteso en la tradición antigua", *Klio* 89.2: 477-492.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. y FERRER ALBELDA, E. (2008): "Identidad e identidades entre los fenicios de la Península Ibérica en el periodo colonial", en F. Wulff y M. Álvarez Martí-Aguilar (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*: 165-204, Málaga-Sevilla-Jaén.
- ANTONELLI, L. (1997): *I Greci Oltre Gibilterra. Rappresentazioni mitiche dell'estremo occidente e navigazioni commerciali nello spazio atlantico fra VIII e IV secolo a.C.*, Roma.
- ANTONELLI, L. (1998): *Il periplo nascosto: lettura stratigrafica e commento storico-archeologico dell'Ora marítima di Avieno*, Padua.
- ANTONELLI, L. (2008): *Traffici focei di età arcaica. Dalla scoperta dell'Occidente alla battaglia del mare Sardonio*, Roma.
- ARNAUD, P. (2007): "La géographie romaine impériale, entre tradition et innovation", en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*: 15-48, Málaga - Madrid.
- AUJAC, G. (2001): *Ératosthène de Cyrène, le pionnier de la géographie. Sa mesure de la circonférence terrestre*, París.
- BELTRÁN LLORIS, F. (2004): "Nos Celtis genitos et ex Hiberis. Apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia", en G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.), *Identidades étnicas-identidades políticas en el mundo prerromano hispano*: 87-145, Málaga.
- BELTRÁN LLORIS, F. (2007): "Locorum nuda nomina? La estructura de la descripción pliniana de Hispania", en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret, eds., *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*: 115-160. Málaga - Madrid.
- BELTRÁN LLORIS, F. y PINA POLO, F. (1994): "Roma y los Pirineos: la formación de una frontera", *Chiron* 24: 103-133.
- BICHLER, R. (2001): *Herodots Welt. Der Aufbau der Historie am Bild der fremden Länder und Völker; ihrer Zivilisation und ihrer Geschichte. Mit Beilagen von Dieter Feil und Wido Sieberer*, Berlín.



- BICKERMAN, E.J. (1952): “*Origines gentium*”, *Cl.Ph.* 47, 2: 65-81.
- BILLERBECK, M., trans. (2006): *Stepani Byzantii Ethnica*. Volumen I, *Alpha-Gamma*. *Recensuit germanice vertit adnotationibus indicibusque instruxit*. CFHB 43/1, Berlín.
- BIRASCHI, A.M<sup>a</sup>. (1989): *Tradizione epiche e storiografia. Studi su Erodoto e Tucídide*, Perugia-Nápoles.
- BRAUN, TH. (2004): “Hecataeus’ knowledge of the Western Mediterranean”, en *Greek identity in the Western Mediterranean: Papers in Honour of Brian Shefton*: 287-347. Leiden.
- BUNBURY, E.H. (1879): *A History of Ancient Geography*, vol. 1, Londres.
- CADIOU, F. (2008): *Hiberia in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l’Hispanie sous la République (218-45 av. J.-C.)*, Madrid.
- CANDAU MORÓN, J.M<sup>a</sup>.; GONZÁLEZ PONCE, F.J. y CRUZ ANDREOTTI, G. (eds.) (2004): *Historia y Mito. El pasado legendario como fuente de autoridad*. Actas del Simposio Internacional celebrado en Sevilla, Valverde del Camino y Huelva entre el 22 y el 25 de Abril de 2003, Málaga.
- CANFORA, L. (1981): “De la logografía jonia a la historiografía ática”, en R. Bianchi Bandinelli (dir.), *Historia y Civilización de los Griegos. 2. El arcaísmo. Orígenes y desarrollo de la ciudad*: 357-429. Barcelona.
- CANFORA, L. (2008): *Il papiro di Artemidoro*, Bari.
- CANFORA, L. (2008a): “Recensioni a *Il papiro di Artemidoro*, edito da Claudio Galizzi, Barbel Kramer, Salvatore Settis et al., LED Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milano 2008 (marzol, pp. 630 + 40 tavv. -4 riproduzioni 1:1 -DVD; € 480,00”, *QS* 65 (Lul./dic.): 1-64.
- CARDETE DEL OLMO, M<sup>a</sup> C. (2004): “*Ethnos* y etnicidad en la Grecia clásica”, en G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.), *Identidades étnicas - identidades políticas en el mundo prerromano hispano*: 15-29. Málaga.
- CASTRO PÁEZ, E. (2004): “La ville et le territoire d’après le Livre III de Strabon. Une méthodologie d’approche et un essai d’application”, *Gerión* 22.1: 169-199.
- CHAVES TRISTÁN, F. (2008): “Moneda local en Hispania: ¿autoafirmación o integración?”, en J. Uroz, J.M. Noguera y F. Coarelli (eds.), *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*: 353-377. Murcia.
- CHAVES TRISTÁN, F.; GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. y FERRER ALBELDA, E. (2006): “Relaciones interétnicas e identidades culturales en Turdetania (siglos II a.C.-I d.C.)”, en *L’Africa romana*, XVI, (Rabat 2004): 813-828, Roma.
- COUNILLON, P. (2007): “La représentation de l’espace et la description géographique dans le livre III de la *Géographie* de Strabon”, en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial*: 65-80, Málaga - Madrid.



- CRUZ ANDREOTTI, G. (1991): *Tartessos como problema historiográfico: el espacio mítico y geográfico del occidente mediterráneo en las fuentes arcaicas y clásicas griegas*, Diss. Micr. Universidad de Málaga.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1991a): "Heródoto y Gades", *Baetica* 13: 155-166.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (1993): "Estrabón y el pasado turdetano: la recuperación del mito tartésico", *Geographia Antiqua* 2: 13-31.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (coord.) (1999): *Estrabón e Iberia. Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2007): "Acerca de Estrabón y la Turdetania-Bética", en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. II. La época imperial: 251-270*, Málaga-Madrid.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2008): "Acerca de las identidades meridionales en época prerromana: algunos planteamientos geográficos", en F. Wulff y M. Álvarez Martí-Aguilar (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana: 297-316*, Málaga-Sevilla-Jaén.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2008a): "Geografía y *epos* en la Iberia antigua: a propósito de Estrabón y el Libro III", en J. Martínez-Pinna y P. Anello (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia: 163-175*, Málaga.
- CRUZ ANDREOTTI, G. (2009): "La naturaleza histórica de la *Geografía* de Estrabón", *EVPHROSYNE* 37: 131-144.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1995): "Libios, libiofenicios, blastofenicios: elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus supervivencias", *Gerión* 13: 223-239.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (2008): "Reseña a Cl. Gallazzi, B. Kramer, S. Settis et al. (eds.), *Il papiro di Artemidoro*, edito da ...., LED, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milán, 2008 y L. CANFORA, *Il papiro di Artemidoro*, Bari: Laterza, 2008", *AEspA* 81: 305-331.
- ESTRABÓN (2007): *Geografía de Iberia*. Trad. de F.J. Gómez Espelosín; Presentación, notas y comentarios de G. Cruz Andreotti, M.V. García Quintela y F.J. Gómez Espelosín, Madrid.
- FERNÁNDEZ GÖTZ, M.A. (2008): *La construcción arqueológica de la etnicidad*, A Coruña.
- FERRER ALBELDA, E. (2006): "¿Mastia en África?", *L'Africa romana* XVI: 1997-2008.
- FERRER ALBELDA, E. (2007): "Fenicios y cartagineses en el Tartessos postcolonial", en M. Bendala Galán y M. Belén Deamos (eds.), *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica: 195-223*. Carmona-Sevilla.



- FERRER ALBELDA, E. (e.p.): “Más acá y más allá de las Columnas de Heracles. Mastia Tartesion y las limitaciones al comercio de Iberia”, en *Actas del Vº Coloquio del CEFYP celebrado en Madrid entre el 16 y 18 de abril de 2007*.
- FERRER ALBELDA, E. y ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2008): “Comunidad cívica e identidad en la Iberia púnica”, en F. Wulff y M. Álvarez Martí-Aguilar (coords.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana: 205-235*, Málaga-Sevilla-Jaén.
- FERRER ALBELDA, E. y PRADOS PÉREZ, E. (2001-2002): “Bastetanos y bástulo-púnicos. Sobre la complejidad étnica del sureste de Iberia”, *Studia E. Cuadrado. AnMurcia* 17-18: 273-282.
- GALLAZZI, CL.; KRAMER, B.; SETTIS, S. et al. (eds.) (2008): *Il papiro di Artemidoro*, edito da ..., LED, Edizioni Universitarie di Lettere Economia Diritto, Milán.
- GANGUTIA, E. (1989): “La Península Ibérica en la tradición Homérica”, en *Actas del VII Congreso de Estudios Clásicos*, vol. III: 103-109. Madrid.
- GANGUTIA, E. (1998): en J. Mangas y D. Plácido (eds.), *Testimonia Hispaniae Antiqua*. vol. II A [THA II A]. *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*. ed., trad. y coment. de .... *Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae*. ed., trad. y coment. de Helena Rodríguez Somolinos, Madrid.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1963): “Hercules Gaditanus”, *AEspA* 26, nº 107-108: 70-153.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2002): “Turdetania, Turdetanos y cultura turdetana”, *QTNAC* 31: 191-202.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2002a): *Los turdetanos en la historia: análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Écija.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2004): “Turdetania y turdetanos en la literatura greco-latina: nacimiento, desarrollo y transformación de la imagen paradigmática de una región de Occidente”, *Polis* 16: 61-108.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F.J. (2007): “Relaciones interétnicas e identidades culturales en Turdetania (siglos II a.C.-I d.C.)”, *CuPAUAM* 33: 117-143.
- GARCÍA MORENO, L.A. (1979): “Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos”, *AEA* 52, nº 139-140: 111-130.
- GARCÍA MORENO, L.A. (1993): “Hellenistic Ethnography and the Reing of Augustus in Pompeius Trogus”, *AW. Exploration and Colonization in the Ancient World* XXIV.2: 199-212.
- GASCÓ, F. (1987): “¿Curetes o Cunetes? Justino, XLIV, 4, 1”, *Gerión* 5: 184-194.
- GASCÓ, F. (1987b): “Gárgoris y Habis. La leyenda de los orígenes de Tartessos”, *Revista de Estudios Andaluces* 8: 127-145.



- GONZÁLEZ PONCE, F.J. (1995): *Avieno y el Periplo*, Écija.
- GRILLI, A. (1990): "Il mito dell'estremo occidente nella letteratura greca", en *La Magna Grecia e il lontano Occidente*. Atti del ventinovesimo Convegno di Studi sulla Magna Grecia. Taranto, 6-11 ottobre 1989: 9-26. Tarento.
- HANSEN, M.H. (1997): "Hekataios' use of the word polis in his Periegesis", en T.H. Nielsen (ed.), *Yet more studies in the Ancient Greek Polis*: 17-27. Stuttgart.
- HOZ, J. de (1989): "El desarrollo de la escritura y las lenguas en la zona meridional", en M<sup>a</sup> E. Aubet (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*: 523-587. Barcelona.
- JACOB, Ch. (1986): "Cartographie et Rectification: essai de lecture des 'Prolégomènes' de la 'Géographie' de Strabon", en G. Maddoli (ed.), *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, II: 30-64. Perugia.
- JACOB, Ch. (1998): "La bibliothèque, la carte et le traité. Les formes de l'accumulation du savoir à Alexandrie", en G. Argoud y J.Y. Guillaumin (eds.), *Sciences exactes et sciences appliquées à Alexandrie (IIIe siècle av. J.-C.-Ier siècle ap. J.-C)*. Actes du Coll. Inter. de Saint-Étienne (6-8 juin 1996): 19-37. Saint-Etienne.
- JACOB, Ch. (2008): *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona.
- JACOBY, F. (1923): *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, Berlín.
- JANNI, P. (1997): "Los límites del mundo entre el mito y la realidad: evolución de una imagen", en A. Pérez Jiménez y G. Cruz Andreotti (eds.), *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*. Serie *Mediterranea*, n<sup>o</sup> 3: 23-40, Madrid [1998].
- LÓPEZ PARDO, F. (2005): "Crono y Briareo en el umbral del Océano. Un recorrido por la historia mítica de los viajes al confín del Occidente hasta los albores de la colonización", en V. Peña, A. Mederos y C. G. Wagner, (eds.), *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*: 1-42. Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F. (2007): "Un nombre fenicio para Atlas", *Gerión*, vol. extra: 133-141.
- MADDOLI, G. (ed.) (1986): *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell'opera*, vol. II, Perugia.
- MARCOTTE, D. (2002): "Introduction générale", en *Géographes grecs*. T. 1. *Introduction générale*. Ps.-Scymnos, *Circuit de la terre*, París: Belles Lettres.
- MARCOTTE, D. (2006): "De l'ibérie à la celtique: géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe", en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica*. I. *La época republicana: 33-34*. Málaga - Madrid.



- MARÍN CEBALLOS, M<sup>a</sup> C. y JIMÉNEZ FLORES, A.M<sup>a</sup>. (2004): “Los santuarios fenicio-púnicos como fuentes de sabiduría: el templo de Melqart en Gadir”, *Huelva Arqueológica* 20: 215-239.
- MEYER, E. (1931): *Geschichte des Altertums*, vol. 11.2, Stuttgart & Berlín.
- MORET, P. (2002): “*Mastia Tarseion* y el problema geográfico del Segundo Tratado entre Cartago y Roma”, *Mainake* XXIV: 257-276.
- MORET, P. (2004): “Ethnos ou ethníe? Avatars anciens et modernes des noms de peuples ibères”, en G. Cruz Andreotti y B. Mora Serrano (coords.), *Identidades étnicas - identidades políticas en el mundo prerromano hispano*: 31-62, Málaga.
- MORET, P. (2006): “La formation d’une toponymie et d’une ethnonymie grecques de l’Ibérie: étapes et acteurs”, en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana*: 39-76, Málaga - Madrid.
- MORET, P. (e.p.): “Les ethnonymes et les choronymes hispaniques dans Tite-Live. Première approche graphique et réflexions sur un cas exemplaire: *Turta, Turdetani, Turdetania*”, en *L’invention de l’Ibérie. Regards grecs et romains sur l’Extrême Occident*, Madrid, Casa de Velázquez.
- MORR, J. (1926): *Die Quellen von Strabons dritten Buch*, Leipzig.
- NENCI, G. (1954): “Introduzione”, *Hecateo Milesii. Fragmenta*: IX-XXXII, Florencia.
- NICOLET, Cl. (1989): *Le inventario del mondo. Geografia e politica alle origini dell’impero romano*, Roma-Bari.
- PEREIRA, G. (1988): “Cambios estructurales *versus* romanización convencional. La transformación del paisaje político en el norte de Hispania”, en J. González y J. Arce (eds.), *Estudios sobre la Tabula Siarensis*: 245-258, Madrid.
- PEREIRA, G. (1992): “Aproximación crítica al estudio de la etnogénesis: la experiencia de Callaecia”, en M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica*: 35-44, Madrid.
- PÉREZ VILATELA, L. (1991): “Etnias y divisiones interprovinciales hispano-romanas en Estrabón”, *Klio* 73: 459-467.
- PRALON, D. (2000): “Les pérégrinations des Phocéens (540 avant J.-C.). Hérodote, *Histoires* I 163-167”, en *Cosmopolitisme et Antiquité. Méditerranées. Revue de l’association Méditerranées* 25: 13-26.
- PRONTERA, F. (ed.) (1984): *Strabone. Contributi allo studio della personalità e dell’opera*, vol. I, Perugia.
- PRONTERA, F. (1990): “L’Estremo Occidente nella concezione geografica dei Greci”, en *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del ventinovesimo convegno di studi sulla Magna Grecia. Taranto, 6-11 ottobre 1989*: 55-82. Tarento.



- PRONTERA, F. (1999): "Notas sobre Iberia en la Geografía de Estrabón", en G. Cruz Andreotti (coord.), *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio*: 17-29, Málaga (= en ID., *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*: 87-101, Málaga, 2003).
- PRONTERA, F. (2001): "Hekataios und die Erdkarte des Herodot", en D. Papenfub & V.M. Strocka (dirs.), *Gab es das Griechische Wunder? Griechenland zwischen dem Ende des 6. und der Mitte des 5. Jahrhunderts v. Chr.* (Tagungsbeiträge des 16. Fachsymposiums der Alexander von Humbolt-Stiftung veranstaltet vom 5. bis 9. April 1999 in Freiburg im Breisgau): 127-136, Mainz.
- PRONTERA, F. (2003): "Identidad étnica, confines y fronteras en el mundo griego", en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*: 103-120, Málaga.
- PRONTERA, F. (2003a): "Acerca de la exégesis helenística de la geografía homérica", en *Otra forma de mirar el espacio: Geografía e Historia en la Grecia antigua*: 11-26, Málaga.
- PRONTERA, F. (2006): "La Penisola Iberica nella cartografia ellenistica", en G. Cruz Andreotti, P. Le Roux y P. Moret (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica. I. La época republicana*: 15-29, Málaga - Madrid.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (2000): "Topónimos griegos en Iberia y Tartessos", *Emerita* LXVIII.1: 1-18.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, F. (2008): "Timeo y la Península Ibérica", en J. Martínez-Pinna y P. Anello (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*: 125-169, Málaga.
- SCHULTEN, A. (1925): *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. II, Barcelona.
- TRAINA, G. (2008): "Introduzione. Imperi, città e spazio mediterraneo dal 343 al 27 a.C.", en *Storia d'Europa e del Mediterraneo*, vol. V: 17-48. Roma.
- TROTTA, F. (1999): "Estrabón, el libro III y la tradición geográfica", en G. Cruz Andreotti (coord.), *Estrabón e Iberia. Nuevas perspectivas de estudio*: 81-99. Málaga.
- UNTERMANN, J. (2004): "Célticos y túrdulos", *Palaeohispanica* 4: 199-214.
- WHITEHEAD, D. (1994): "Site-Classification and reliability in Stephanus of Byzantium", en ID. (ed.), *From Political Architecture to Stephanus Byzantius. Sources for the Ancient Greek Polis*: 99-124. Stuttgart.
- WULFF, F. (2004): *Historia de Numancia, de Adolf Schulten*, Pamplona.







# El Carambolo

## 50 años de un tesoro

El Carambolo (Camas, Sevilla) es uno de los yacimientos paradigmáticos de la Arqueología española a raíz del hallazgo casual del tesoro que lleva su nombre y de las posteriores excavaciones realizadas por el profesor de la Universidad de Sevilla D. Juan de Mata Carriazo. Desde el primer momento hubo un asentimiento académico y social sobre la pertenencia de los hallazgos a la cultura tartésica, y El Carambolo se convirtió en un modelo de secuencia cronológica-estratigráfica y de funcionalidad -un poblado de cabañas- por el que se rigieron las ulteriores excavaciones en la Baja Andalucía.

El aniversario del feliz hallazgo y las recientes excavaciones llevadas a cabo en el cerro constituyen la ocasión oportuna para revisar no sólo la cronología y función del yacimiento sino también para reflexionar sobre Tartessos y sobre su identidad cultural y étnica. La organización tripartita del libro responde a tres formas de abordar la investigación sobre este fenómeno: el análisis historiográfico de la documentación literaria antigua y contemporánea sobre El Carambolo y Tartessos, el análisis arqueológico de los restos materiales recuperados en las campañas de excavación, que implica a otras disciplinas (paleogeografía, arqueozoología, arqueometalurgia), y en tercer lugar, el estudio de El Carambolo en el contexto histórico en el que se inserta, la colonización fenicia en el Mediterráneo.



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ISBN 978-84-472-1218-7



9 788447 212187